

La
HUMILDAD

PRACTICADA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

POR EL

PADRE SIMON DE BUSSIÉRES

DE LA

ORDEN DE SAN FRANCISCO

TRADUCIDO DE LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA

POR EL R. P.

Fr. VIRGILIO RODRIGUEZ

EXDEFINIDOR DE LA PROVINCIA FRANCISCANA DE SAN JUAN BAUTISTA DE BOGOTA EN LOS ESTADOS
UNIDOS DE COLOMBIA

BOGOTA

1882

A P R O B A C I O N

del R. P. Provincial del convento de Amiens.

Hemos leído el Opúsculo intitulado LA HUMILDAD PRACTICADA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA, por el P. Simon de Bussiéres. Según nuestro dictamen, no contiene nada que sea reprehensible con respecto al Dogma y nos ha parecido capaz de facilitar la práctica de las virtudes, que es a la vez el fundamento del Cristianismo y el carácter distintivo de la orden Seráfica.

En nuestro convento de Amiens, el 7 de Mayo de 1875

Provincial de Franciscanos

Imprimase, Burdigalae, 19 de Junio de 1873

B. GERVAIS, Vicario General.

PROVINCIA DE FRANCISCANOS DE SAN JUAN BAUTISTA, CONVENTO MAXIMO DE LA
PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA. BOGOTÁ, 16 DE
NOVIEMBRE DE 1881.

Hemos leído cuidadosamente el Opúsculo titulado LA HUMILDAD PRACTICADA EN TODAS LAS CIRCUSTANCIAS DE LA VIDA, por el Padre Simon de Bussiéres, traducido del idioma francés al nuestro por el R. P. Fray Virgilio Rodríguez, Ex=Definidor y súbdito nuestro, y estando acordes con la opinión que de él ha formado el M. R. P. Fray Rafael, Provincial de Franciscanos del Convento de Amiens, concedemos nuestra bendición y licencia para que pueda dárla a la prensa, previa la correspondiente aprobación y licencia del Prelado Diocesano.

FRAY JESUS CASTILLO, Ministro Provincial.

FRAY P. MANUEL CONDE, Prosecretario.

Gobierno Eclesiástico. Bogotá, 24 de Diciembre de 1881.

Puede imprimirse.

EL OBISPO DE CENTURIA, Vicario General.

J. PARDO VERGARA, Secretario

DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

A VOS, ¡OH Corazón dulcísimo de mí adorado Jesús! Dedico este mi humilde trabajo, como a fuente que sois inagotable de bondad. No atendáis a mi insuficiencia, sino a los fines que me he propuesto; y es el primero daros un testimonio de que deseo reparar el tiempo que he perdido, viviendo sin amaros; y el segundo inclinar el corazón de los Cristianos a la práctica de las virtudes fundamentales que más fácilmente conducen las almas a la piedad.

Aceptad, Divino Corazón, mi pobre ofrenda, y haced que las personas que se dignen leer este Opúsculo, sigan generosas el camino de la Humildad, y que se mortifiquen por amor a Vos.

Que mi recompensa sea vivir amándoos y gozar de vuestras delicias en el cielo.

Fr. V. R.

PRIMER TRATADO

—

LA HUMILDAD



LA HUMILDAD

PRACTICADA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

Bastante conocidas nos son estas palabras de San Agustín a Dióscoro: “El camino para llegar a la santidad, es primeramente la Humildad; en segundo lugar la Humildad, y en tercero la Humildad.” La Humildad es la llave del cielo. El cielo no es para los orgullosos.

Sólo los humildes tendrán la dicha de gustar sus inefables delicias. Nosotros sabemos todo esto, lo comprendemos; bastante lo hemos leído, y bastante sobremanera hemos entendido la necesidad de la Humildad; no ignoramos los principios, y sin embargo se trata de poner en práctica esta virtud, y parece que no sabemos aplicarlos. Nosotros señalaremos algunas de estas circunstancias en donde, con la ayuda de Dios, será fácil practicar la Humildad. No busquéis elegancia de estilo en el periodo de las frases, ellas son cortas; no debéis meditar cada palabra, a fin de penetraros bien de ellas. ¡Quiera Dios que este pequeño trabajo os ayude a haceros amar a la Humildad!

Estudiaremos sucintamente cuatro cuestiones:

- 1.ª ¿En qué consiste la Humildad?
- 2.ª ¿Es posible la virtud de la Humildad?
- 3.ª Las ventajas de practicar la Humildad
- 4.ª Las diversas circunstancias de la vida en las cuales se puede practicar fácilmente la Humildad.

CAPITULO I.

¿En qué consiste la Humildad?

La Humildad, dice San Bernardo, es una virtud que vuelve al hombre despreciable por un conocimiento verdadero de sí mismo. Reside esencialmente en los sentimientos del corazón, y consiste en tener una baja opinión de sí mismo, fundado sobre el conocimiento profundo que tiene de su nada, y en el deseo de ser despreciado del mundo. Tal es el primer grado de la Humildad.

Aprended a conoceros cada día más, y sentiréis completo desprecio de vosotros mismos, amor y reconocimiento de Dios. El horror que os inspirará la vista de vuestra profunda miseria, os llevara invenciblemente a arrojaros en los brazos de Dios, y a decir a Jesús como los Apóstoles “Salvadnos, Señor, porque perecemos.”

El segundo grado de la Humildad consiste en estar bien contento de ser despreciado. “Apeteced no ser conocido dice San Buenaventura, a ser despreciado. Si estas verdaderamente convencidos de vuestra nada y animados de desprecio por vosotros mismos, seréis felices en ser despreciados por los otros, porque naturalmente tenemos de aquello gozo de que los otros se acomodan con nuestro sentimiento.”

“Es bueno confesar sus defectos, dice San Juan Clímaco; pero es mejor estar sinceramente de acuerdo con los otros cuando se nos reprochan nuestros mismos defectos. Esto es ser verdaderamente humilde.”

Para alcanzar este fin, subamos poco a poco cuatro escalones;

“1.º No busquemos la gloria y estimación del mundo, sino que evitémoslas, por el contrario, evitémoslas con cuidado; 2.º Si aún no deseamos los desprecios, soportemos por lo menos, los que se nos presenten. ‘Sufrid los desprecios con paciencia’, dice San Anselmo; 3.º No seamos tocados de las alabanzas, ni de la estimación de los hombres; 4.º Tengamos, en fin, deseo de ser despreciados, y recibamos placer por las injurias.”

El Tercer grado de la Humildad consiste en no atribuirse nada a sí mismo; referir todo a Dios, sobre todo cuando ha sido especialmente favorecido con dones de la naturaleza y de la gracia, y cuando se ve rodeado de estimación y veneración de los hombres. Tal es la Humildad que los Santos han practicado; honrados de todo el mundo, ellos se creían miserables a los ojos de Dios. Ha aquí en dos palabras en que consiste la Humildad. Ser humilde es dar a cada uno lo que le es debido: a Dios lo que es de Dios, y al hombre lo que es del hombre: a Dios todo honor, toda gloria, como a origen de todos los bienes; al hombre la impotencia y la nada. “Si hacéis un acto de humildad, dice San Francisco de Sales, he aquí la Humildad. Si hacéis actos de humildad en todas ocasiones y en todas circunstancias, he aquí el hábito de la Humildad. Si gozáis en la humillación, y si buscáis la abyección en todas las cosas, he aquí el Espíritu de la Humildad.”

CAPITULO II.

¿La Virtud de la Humildad es Posible?

Vosotros descubristis ahora la sublimidad de esta virtud; y considerando cuán lejos estáis aún del primer grado de ella, puede ser que sintáis abatida vuestra alma. Ah! No os desconsoléis; todos los que han practicado la Humildad han tenido que luchar como vosotros. Para vencer como ellos:

1.º Orad mucho, pedid cada día esta virtud a Nuestro Señor, que es el autor de la gracia; y como El desea mucho encontrar la Humildad en las almas, la concederá a vosotros, si la pedís sinceramente;

2.º Tened a menudo delante de los Ojos vuestras miserias, vuestras faltas pasadas, vuestras infidelidades presentes y las faltas más graves que hubierais cometido si la gracia de Dios no os sostuviera, y

3.º ¿Qué podremos hacer, diréis aún, para adquirir este Espíritu de Humildad? No hay otros medios, dice San Francisco de Sales, que retirar con frecuencia los actos. Comenzad, desde luego, por lo que sea más fácil; no digáis mal a nadie; disculpad a los demás, y no os disculpéis a vosotros mismos. Tanto placer encontrareis en dar este primer paso en el camino de la Humildad, que bien pronto pasareis a otros actos.

Tanto más fácil os será practicar la Humildad, como ocasiones encontrareis a toda hora, a cada instante, como lo veréis en el capítulo IV. Sin ir a buscarlas, ellas mismas vendrán a presentarse delante de vosotros. Ah! recibidlas bien dadles un ósculo de amor, porque vienen de Dios, de Dios que os ama y os quiere enriquecer.

CAPITULO III.

Ventajas de practicar la Humildad.

“¿Cómo haré, decía alguno un día al Párroco de Ars, para amar bien al buen Dios?”

“Ah! Dijo el santo Sacerdote tercero, ¡humildad, humildad! Es nuestro orgullo el que nos impide ser santos; el orgullo es la cadena del rosario de todos los vicios; la Humildad, la cadena del rosario de todas las virtudes.

Por las palabras del buen Párroco de Ars, vemos las ventajas que sacaremos de la práctica de la Humildad. Se puede decir de esta virtud lo que dice de la Sabiduría la Santa Escritura: “Todos los bienes nos han venido con ella.”

La Humildad ha sido en todo tiempo y será siempre la virtud de los santos: no hay verdadera santidad sin la Humildad: es el fundamento y la guarda de todas las otras virtudes cristianas: es ella la que hace a los hombres puros y agradables a Dios: es por ella que obtenemos la gracia y las bendiciones celestiales. Sin ella, la Justicia, la Caridad, la Castidad son virtudes imperfectas; sin ella, nuestras oraciones y nuestros esfuerzos son impotentes, y nuestros sacrificios casi sin valor a los ojos de Dios. Dios abandona a las almas orgullosas, las entrega a sí mismas y a su propia debilidad, mientras que se complace en bendecir a las almas que son humildes (Bergier).

“Sin la Humildad, dice un piadoso autor, la austeridad es una pura hipocresía, la contemplación sublime no es sino ilusión, y la pobreza misma una necia vanidad.”

“La Humildad, dice con frecuencia nuestro venerable Vianney, Párroco de Ars, es como una balanza: mientras más se baja de un lado, más se levanta del otro.”

San Cipriano dice que: “La Humildad es el fundamento de la Santidad;” y San Jerónimo, que es la primera virtud de los Cristianos. San Bernardo la llama el fundamento y la conservación de todas las virtudes. San Gregorio,

unas veces la nombra la maestra y la madre, y otras el origen y la fuente de otras virtudes.

En efecto, la Fe tiene necesidad de la Humildad; el orgullo es el principio de todas las herejías; porque estas resultan de que el orgulloso estima en mucho más sus propias luces, hasta preferirlas al sentir de toda la Iglesia.

La Esperanza se apoya en la Humildad: el hombre humilde, reconociendo su miseria y su debilidad, se dirige a Dios con más ardor, y en él coloca toda su esperanza. La Caridad se fortifica por la Humildad: un espíritu humilde, viendo que todo lo que tiene le viene de Dios, y que está muy lejos de merecerlo, se siente excitado a amarle cada vez más. La paciencia viene de la Humildad: el que es humilde conoce sus defectos y se considera digno de toda suerte de castigos y mortificaciones. La Paz, la serenidad del alma, nacen de la Humildad. Jesucristo nos lo ha dicho: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis el reposo de vuestras almas.” Sed humildes y estaréis en paz con vosotros mismos; nada deseareis, nada envidiareis. “El Hombre humilde, dice Fenelon, es dulce, apacible, tranquilo, alegre, obediente, vigilante, lleno de fervor, incapaz de contradicción.” Los humildes están siempre unidos con sus hermanos, mientras que con los orgullosos siempre hay desavenencia. La Humildad guarda la Castidad. Dios permite las caídas vergonzosas al alma que confía en sí misma.

La Humildad es hermana de la Pobreza; el hombre humilde está siempre contento con todo; ella está también unida a la Obediencia. “La Humildad perfecta decía Santa Clara de Asís, consiste en el renunciamiento de la voluntad propia, y la Obediencia es el medio más fácil para adquirir la Humildad.” Y así podemos reconocer todas las otras virtudes, y veremos claramente que todas dependen de la Humildad. Por el contrario, el alma que no posee la fortaleza de la Humildad, es una ciudad sin murallas, abierta a todos los enemigos; no tardará en sucumbir a sus pasiones, y tal vez ser víctima de las caídas más lamentables.

La falta de la Humildad es la que nos hace insoportables a los otros, al mismo tiempo que no podemos soportarnos a nosotros mismos. La falta de Humildad es la que nos turba, nos altera, nos inquieta y nos deja sin ningún reposo. La falta de Humildad es la que extingue la Caridad en las almas, engendra los odios, las discordias, las envidias, las disensiones en el hogar doméstico, en las parroquias y también en la sociedad.

Sobre todo en donde reine la Humildad no se verán envidias, ni disputas, ni querellas, ni nada que pueda entibiar la Caridad.

He aquí las preciosas ventajas de la Humildad; y si queréis poseer este tesoro, estudiemos ahora el camino práctico que conduce a ella.

CAPITULO IV.

Circunstancias de la vida en las cuales se puede practicar fácilmente la Humildad.

Abandonar los bienes, los honores y los placeres por el amor de Dios, es dar un paso inmenso en el camino de la perfección; pero el sacrificio más penoso, más difícil de hacer, es el de olvidarse de sí mismo, renunciar al amor de sí mismo, para no ocuparse de otra cosa que de Dios y de los intereses de su gloria. Luego allí está el último grado que nos conduce directamente a la Caridad perfecta. Armémonos, pues, contra nosotros mismos; hagamos morir cada día este Yo; sigámosle paso a paso con valor y perseverancia. La muerte de este Yo será para nosotros una verdadera ganancia—*mori lucrum*.—Para esto, observemos en nuestros pensamientos, en nuestras palabras, en nuestras acciones:

§ 1.º Humildad en los pensamientos.

Considerad que no hay en vosotros sino miseria, y que los dones de la naturaleza y de la gracia que hay en nosotros, vienen de Dios. Penetraos bien de este sentimiento.

Dios os ha prestado solamente lo que tenéis; luego es ridículo gloriarse de lo que no se tiene sino prestado.

Pensad en vuestra debilidad, en vuestra vileza, en vuestra dureza de corazón, en vuestra inconstancia, en vuestra sensualidad, en vuestro orgullo sobre todo.

Un siervo de Dios, habiéndose propuesto seguir por los caminos de la Humildad, el demonio celoso sembró en su corazón toda suerte de pensamientos de vana complacencia. ¿Qué hace este santo hombre? Escribe sobre los muros de su habitación los nombres de las principales virtudes por su más alto grado: *Caridad perfecta, Humildad profunda, Castidad angélica, fervor continuo en la oración, etc.* Cuando se sentía atacado por algún pensamiento de vanidad, se ponía a leer estos títulos y decía entonces: “Yo estoy muy lejos de ser tan fervoroso, ¿Cómo me atreveré, pues, a enorgullecerme?”

Considerad seriamente todas las pretensiones del amor propio, y os admirareis de veros tan llenos de vosotros mismos, y encontrareis cien motivos para humillaros. Tened desprecio de vosotros mismos a causa de vuestra falta de prudencia, de simplicidad, de pureza de intención en mil circunstancias.

¿Seréis condenados o salvados? Vosotros lo ignoráis... luego la posibilidad de condenaros mucho se debe a humillaros.

Examinad cuan insufribles sois a los que os rodean, por vuestro carácter, y cuánto a Dios y a los ángeles por la multitud y enormidad de vuestras faltas, por el abuso de las gracias, y por vuestra infidelidad.

Miraos como incapaces por vosotros mismos de todo bien, y capaces de todos los excesos, infieles a los dones de Dios, cubiertos de muchos vicios.

El seráfico Patriarca de Asís, San Francisco, se consideraba como el más grande pecador, y procuraba hacer patente su ingratitud a sí mismo, diciendo

que Dios le había hecho tantas gracias, que si se las hubiera hecho el más ínfimo de los hombres, habría hecho mejor uso de ellas.

¿Habéis caído en algunas faltas? Reprendeos severamente, humillaos, reconoced vuestra debilidad, pero sin entristeceros ni acobardaros, los reproches que os hagáis, os penetrarán del deseo de una vida humilde y llena de abatimiento como la de Jesús.

Persuadíos que podéis caer en toda clase de faltas; en muchas y por mucho tiempo, y por largo tiempo.

Estad siempre temerosos de pecar; sobre todo de lastimar la delicadeza de la virtud angélica.

Recogeos con frecuencia con humildad, y siempre estaréis dispuestos a recibir las divinas impresiones de la gracia. A ejemplo de los santos, desconfiad de vuestro propio juicio.

En las circunstancias dudosas e inciertas, renunciad a vuestras propias luces, a vuestra manera de juzgar, y esto será propio de la Humildad.

Si no se tiene en cuenta vuestra observación, no os alteréis por ello, y miraos como incapaces de dar un buen consejo.

Interpretad favorablemente las palabras y las acciones del prójimo; si el mal es evidente, excusad por lo menos la intención. Ocupaos de vosotros mismos y no juzguéis a los otros.

De la misma manera que se puede olvidar uno de lo que toca a vosotros, sed calmados y pensad en Jesús y en las irreverencias de otra suerte muy injuriosa del Pretorio.

Si se dirige la palabra a otra persona con más interés que a vosotros, si se le hacen más cumplidos, no os entristezcáis interiormente por esto; dad gracias a Dios y estad contentos.

Si alguno es feliz regocijaos vosotros.

Tened alegría por las alabanzas que se dan a otros, o del bien que se lea hace: Costumbre muy preciosa que contribuye poderosamente a hacer morir en nosotros el amor propio y el orgullo.

Conceder a otros los mismos favores que a vosotros, vuestro amor propio egoísta se queja de esto; pero más bien regocijaros.

Se concede toda la confianza a los otros, y a vosotros se os considera como que no sois buenos para nada, he aquí una bella ocasión de hacer grandes actos de humildad; no la perdáis.

Consideraos indignos de todo respeto y de todo cumplimiento, y dignos por el contrario de toda pena y aflicción.

Dad permiso al todo el mundo para que os diga injurias. Escuchad este bello ejemplo de humildad.

Santa Margarita de Cortona, pecadora convertida y tercera de la Orden de San Francisco, tuvo sin cesar sus pecados delante de los ojos, en constante humillación por ellos en el secreto de su morada. Mirábase como la deshonra de la humanidad, las más indignas de todas las criaturas y la basura del mundo.

Sigamos nuestra materia: ¿Se os tributan elogios? Dirigidlos a Dios y humillaos interiormente. No os atribuyáis sino el mal que hayáis hecho.

¿Se os dan agradecimientos? Persuadíos de que no habéis hecho otra cosa que cumplir con vuestro deber. ¿Se os consulta? No procedáis con vanidad, sino que antes de responder consultad a Dios interiormente.

¿Se despiertan en vosotros vanos pensamientos por las manifestaciones de afecto o de estimación? 1.º Entrad en vosotros mismos, y decid: “Yo no soy sino lo que soy delante de Dios, y no otra cosa sino lo que Dios ve en mí.” 2.º Estad muy ciertos que con mucha frecuencia hay exageración en las expresiones de afecto y de estimación.

Los elogios de las criaturas no os cambien en otro de lo que en realidad sois o merecéis; ¿porqué, pues, os exaltáis? Los Juicios de Dios disminuyen el precio de la opinión que se forma de vosotros.

¿Se os manda con imperio y altivez? Conservad la calma de vuestra alma. ¿Se os inquieta con advertencias y reprensiones? He aquí otras tantas ocasiones de pulir la perla inestimable de la Humildad.

¿A otras personas se les escucha con admiración, pero con vosotros no se toca para nada; se interrumpe vuestra conversación, no se os dirige la palabra, se manifiesta desagrado de oídos, se concede todo a los otros y a vosotros nada? Dad gracias a Dios interiormente por estas magníficas ocasiones que se os ofrecen de enriqueceros.

Si un inferior os hace un reproche, no os justificuéis, sino estáis obligados a hacerlo; pero debéis persuadiros que lo merecéis al menos por algunas otras razones.

Si os viene alguna humillación, aceptadla como de la mano de Dios. ¿Se os recibe con frialdad un regalo que ofrecéis, o las personas se muestran indiferentes a vuestros agasajos? He aquí una humillación, aceptadla.

“Dios nos humilla, dice Fenelon, o por la oposición de otros que nos desaprueban, o por el desfallecimiento interior que experimentamos. Acostumbrémonos a soportar las contrariedades exteriores y nuestra propia debilidad interior.”

Si Dios os rehúsa las dulzuras sensibles de la oración, entrad en vosotros y reconoced que por vuestras infidelidades os habéis hechos indignos de sus favores.

Si por el contrario, experimentáis fervor en vuestras oraciones y en las comuniones y facilidad en las meditaciones, reconoced que todo viene de Dios. Temed las ilusiones: humillaos todavía más.

“Señor, mi Dios y mi todo, yo no soy otra cosa que un pequeño gusano,” decía San Francisco de Asís. ¿Por ventura os consideráis más que este gran Santo?

Cualquiera cosa que hagáis, confesad que sois siervos inútiles, pues que nada tenéis de más que lo que debíais hacer.

¿Habéis practicado algunos actos de virtud? No os atribuyáis nada, ni ceséis de tener baja idea de vosotros mismos; humillaos siempre.

“Los otros vicios, dice Rodríguez, están acompañados de pecados; se les puede conocer y esquivarlos; pero el orgullo se coloca ordinariamente en las obras buenas.”

No os atribuyáis a vosotros mismos los actos de virtud, porque perderíais el mérito; creed siempre que nada habéis hecho.

“¿No tengo yo que avergonzarme de mi orgullo? Decía Fenelon. No sé hasta qué punto se extiende, hasta donde sube, ni hasta donde baja; él infecta mis obras, en apariencias las más santas. Si obtengo sobre él una victoria, el pérfido me hace enseguida un cumplimento o alabanza y procura quitarme el fruto.”

Escuchad también esto: “El amor propio se alimenta con buenas obras y austeridades; se cuenta secretamente así mismo sus mortificaciones, sus victorias, su gusto, sus acciones de justicia, de paciencia, de humildad, de desinterés; se cree buscar en todas sus cosas un consuelo espiritual, y se proporciona aquí un apoyo para confiarse en sí mismo y para darse un testimonio ventajoso de su santidad. Quiere siempre estar en disposición de atribuirse a sí mismo lo bueno que se ha hecho.”

He aquí, confesémoslo, la imagen de nuestro corazón; en el fondo de cada una de estas misteriosas sinuosidades descubrimos un secreto orgullo; hagámosle la guerra, y apliquémonos a humillar constantemente nuestros pensamientos.

§ 2.º *Humildad en las palabras.*

La Humildad es la convicción de nuestra nada; pero la convicción se forma con el pensamiento, se explica con el lenguaje; en fin, se manifiesta y se adquiere por los actos. El pensamiento y la palabra están en una correspondencia tan íntima, como la causa y el efecto. Desde que hemos adquirido el hábito fundamental de humillarnos interiormente en nuestros pensamientos, la Humildad correrá tan naturalmente en nuestras palabras, como el agua del arroyo que emana de la fuente.

No olvidéis, sin embargo, que es mejor guardar silencio que hablar de sí mismo aunque sea para humillarse, y los autores ascéticos justamente han llamado *Humildad de garabato* este hábito vanidoso de humillarse en las palabras, que en el fondo no tienen otro objeto que procurarse gran reputación con la apariencia de Humildad.

No habléis de vosotros mismos los primeros; y si se os pregunta, responded brevemente y con reserva.

Amad el silencio y el recogimiento, y no habléis sino con recato y modestia.

No queráis ser alma en la conversación. Sabed contener de propósito una frase inútil que tendríais placer de decir. Evitad las agudezas raras.

Nada digáis que os haga reputar como honrado y estimado de todos como hábil en los negocios, ni busquéis para vosotros ningún homenaje. Si queréis

practicar la Humildad, no habléis de lo que sea en honor o provecho vuestro, de vuestros padres o de vuestras ocupaciones.

No expreséis jamás con una suficiencia cierta vuestra manera de ver y de pensar.

Nombrar un personaje honorable, y decir que tiene con él relaciones de amistad, muchas veces es orgullo.

Mencionar sus propios sucesos, hablar de las desgracias de otros, casi siempre es por orgullo.

Hablar de la confianza que os dispensa una familia por el consejo que os ha pedido en un negocio delicado, es ordinariamente sucumbir a la tentación de la vanidad.

“La vanidad está tan arraigada en el corazón del hombre, que un individuo de malas costumbres, un galopín, y hasta un mozo de cordel se jacta y quiere tener admiradores, y los mismos filósofos se envanecen por sus pensamientos. Los que escriben contra la gloria, quieren tener la gloria de haber escrito muy bien; los que leen, quieren tener la gloria de haber leído; y yo mismo, que escribo esto, tal vez tengo deseo de ser admirado, y puede ser que los que leen lo tengan también-“ (Pascal, Pensées).

No os manifestéis jamás como indispensables y necesarios para la buena dirección de los negocios.

No digáis que se reconocen a primera vista vuestros derechos y se aprecian vuestras razones.

¿Habéis tenido alguna disputa con alguno? Si la razón ha estado de vuestra parte, el amor propio, ávido de adulación, os hace contar el hecho a otro, el confirmará la aprobación que con vehemente deseo esperáis; si se ha procedido injustamente contra vosotros, se aguardan consuelos de todas partes...

¡Qué digo! Se hace subir de punto la injusticia sobre vuestro adversario.

Reflexionad bien: el punto es delicado.

Practicáis la Humildad si jamás habláis sin necesidad de vuestra salud, ni de vuestros sufrimientos, ni de vuestra fuerza, ni de vuestra delicadeza, ni de vuestra fortuna, ni de la de los vuestros.

Antes de ir más lejos, examinad y veréis cuántas veces por día lastimas a la Humildad.

No habléis de vuestra ciencia y habilidad, ni del número de vuestros amigos ni de vuestros protegidos.

¿Os habéis fijado bien en esto? Cuando alguno habla de sí mismo, o de los suyos, os causa enfado y molestia. Estad, pues, bien convencidos de que hablando de vosotros mismos sois motivo de enfado para los que os oyen. Queréis agradar, y no hacéis sino desagradar.

M. Vianney, tercero de la Orden de San Francisco, decía hablando de sí mismo. “Se han servido, para formar al Cura de Ars, de una oca, de una pisca y de un cangrejo.” Cortaba toda conversación que se refiriera a él, y agotaba en tal caso todas las formas del desprecio.

Era su pobre alma, su pobre cadáver, su pobre trabajo, sus pobres pecados.

Decís muchas veces que sufrís, que estáis fatigados. Algunas veces, ¿no es por hacerlos interesantes y para que piensen en vosotros? El que es humilde quiere vivir olvidado.

Vituperáis alguna circunstancia en vuestro manejo: pero ¿no es para que se os felicite del bien os procuráis por otra parte?

Creedme, hablad poco y medid vuestras palabras, porque dice el proverbio: “Cada uno se complace en sus discursos; pero no se debe juzgar que la palabra se diga siempre a tiempo.” Si se os alaba por alguna acción, no digáis que habríais podido hacerlo mejor; ni que en otras circunstancias habríais mostrado más habilidad. Si, por el contrario, se os vitupera, soportadlo con paciencia, reconoced vuestras faltas.

No encubráis vuestros defectos; al contrario, confesadlos francamente, y matareis el amor propio.

Hablar de un beneficio es mendigar un agradecimiento, cosa propia del orgullo. “Vuestra mano izquierda debe ignorar lo que hace la mano derecha.”

Si sois humilde no hablaréis del reconocimiento que se os debe, ni de la pruebas de ingratitud que a cada paso recibáis.

No abráis jamás la boca para quejaros del mal que se os haga: persuadíos que lo merecéis: soportad con buen corazón y con alegría la aflicción que os sobrevenga, sobre todo si os humilla.

¿Queréis practicar la Humildad? *No juzguéis a nadie, callaos cuando se hable de los defectos del prójimo.*

No interrumpáis a nadie en la conversación.

No contradigáis a nadie en lo que es dudoso o probable, aun cuando tengáis una opinión diferente.

Jamás discutáis con calor.

¿Tenéis que defender la verdad? Hacedlo con dulzura: La Humildad es la fuerza de la verdad.

Cuando se haga en vuestra presencia el elogio de un rival, de un competidor, de una persona cuyo carácter os sea antipático, no habléis de vosotros: haced vosotros mismos su elogio con un corazón generoso, entonces profesareis la Humildad.

Si se os muestra y pondera el trabajo de otra persona, si se habla de la obra con admiración, no digáis con aire de desprecio: esto es fácil de hacer.

No vituperéis la torpeza de otro, porque esto sería lo mismo que decir con orgullo: Yo lo haría mejor.

Tened siempre en vuestros labios una palabra de indulgencia para todo el mundo; pero sin que jamás alabéis el vicio.

Reconoced en todo el mérito de los otros.

Para indicar la solidez de vuestro juicio y vuestro espíritu de previsión, no digáis como algunos otros: bien lo había dicho yo, ya lo había previsto yo.

Si se os comunica un secreto que se confía a otros, no murmuréis por esto, ni habléis con enfado.

¿Estáis abrumados de injurias, sois acusados de defectos? No digáis nada. Dios por quien vosotros sufráis, sabrá arreglar bien todas las cosas.

“Dejad que se os humille, dice Fenelon; el silencio y la paz en la humillación son el verdadero bien del alma. Seréis tentados de hablar humildemente, y para ello se os ofrecerán mil pretextos; pero aún es mejor callarse humildemente. La Humildad que aún habla es también sospechosa. Hablando, el amor propio se consuela poco. Dejad hablar, y procurad hacer la voluntad de Dios, debe mejor consolaros de todo lo que los hombres dicen injustamente. Es Dios quien nos aflige por ellos, según nuestras necesidades.”

Ahora tenéis una imaginación de innumerables tentaciones de vanidad que se deslizan en las palabras, y o por consiguiente innumerables motivos para practicar la Humildad en la conversación. Esforzaos en aprovechar algunos de estos motivos.

§ 3.º *Humildad en las acciones.*

Aunque la Humildad reside principalmente en el pensamiento, como lo hemos observado más arriba; sin embargo, ella no será sincera sino se manifiesta exteriormente cuando se presentan las circunstancias.

La humillación es la piedra de toque de la Humildad. Es fácil decirse humilde, y aún creerse tal. Se prueba cuando se sabe sufrir el desprecio, la injuria y todas las humillaciones, sobre todo cuando no son de nuestra elección, o son independientes de nuestra voluntad.

Pero es loable, y con frecuencia muy útil también, buscar estas humillaciones, a fin de afianzarse más en la virtud de los humildes. “La humillación, dice San Bernardo, es el camino que conduce a la Humildad, como la lectura a la ciencia.” Pero el alma verdaderamente humilde está encantada de que se conozca su humillación y no su misma humildad.

Amad las humillaciones; practicad actos de dulzura, de paciencia, de obediencia, de mortificación; por todo esto adquiriréis más pronto la Humildad.

Si alguno os humilla o hace una injuria, mostraos con él bueno y muy cumplido; correspondedle con algún servicio.

Si huís las ocasiones de humillaros y de ser humillados, jamás seréis humildes. Vamos más lejos: rogad mucho por las personas que os humillan, y haced por ellas una comunión cada mes.

Cuando alguno entra en cólera contra vosotros, id inmediatamente a pedirle perdón por haberle dado ocasión por irritarse.

Sed obedientes: los humildes se dejan conducir fácilmente. Pero por lo que hace a vosotros no exijáis que se os obedezca prontamente.

Si alguno a cada paso os mortifica, sufridle con paciencia, no os pongáis tristes ni huyáis su compañía: Dios se sirve de él como de instrumento para curar vuestro orgullo. No hay en vosotros sino un fantasma de humildad cuando os humilláis vosotros mismos y no consentís con buen corazón ser humillados por otros.

Una vez más, para ser humildes debéis ser pacientes, soportad los defectos de vuestros hermanos.

Si no se escucha vuestra conversación, no manifestéis exteriormente ninguna pena.

Si se condena vuestro modo de proceder, evitad en el acto mismo hacer ver que creáis haber tenido razón.

Se os reprende de una falta que habéis cometido: si se os acusa sin razón; callaos, no os excuséis, y pedid a Dios interiormente. San Francisco de Asís tenía costumbre de repetir a sus frailes: "Si os excusáis Dios os acusa."

Reconoced de buen grado vuestras faltas, y jamás dejéis para otro tiempo la reparación de una falta, sobre todo, cuando es contra la caridad.

Si queréis no tener nada que se os reproche ni que se conozca ninguno de vuestros defectos, reconoced vuestra miseria, vuestra impotencia para el bien obrar, lo limitado de vuestro espíritu; eclipsaos, humillaos y dejad obrar a Dios.

Aceptaréis las contradicciones, estás mil pequeñas miserias de cada día que se llaman injurias, y vosotros no daréis jamás ocasión de queja a ninguna persona.

El hombre humilde es el primero en saludar, en hablar, en perdonar y en disimular a los demás. Dad señales de deferencia para con todo el mundo; todos los días estad afable y complaciente; *trata del mismo modo al pobre que al rico*; en el paseo como en la mesa, toma el lugar menos cómodo, el menos honorable. Si se presenta alguna cosa que hacer, apoderaos, como si fuese una felicidad, de lo que sea más molesto, más penoso, más desagradable, dejando a los otros lo más fácil.

Mas, siguiendo este mismo consejo, procurad tener son todos grande atención temiendo faltar aún en las cosas más pequeñas. Lleno de desconfianza por vuestra insuficiencia, consultad antes de hacer.

¿Alguno os da un consejo? Escuchadle con atención y humildad; reprimid en vosotros ese fondo de orgullo y de suficiencia que quiere saberlo todo, sin que jamás quiera confesar que aún tiene necesidad de aprender mucho.

Un día san Pacomio, primer maestro de la vida cenobítica, tejía esteras; un niño que se educaba en la casa le dijo con inocencia, que él no trabajaba, y que Teodocio le había enseñado a hacerlo de otro modo. Enseguida Pacomio se levantó y le respondió con dulzura: "Enséñame, hijo mío, como debo de hacerlo." El niño le enseñó y él se volvió a su lugar con alegría, conformándose con lo que le había dicho.

Apresurarse antes que otro a hacer alguna cosa, es presunción, es exponerse a la vanidad. Sed vosotros también muy atentos, pero al mismo tiempo muy moderados.

No os mezcléis en negocios que no os pertenecen.

Evitad daros aire de importancia en todas vuestras acciones. Si queréis ser humildes, estad siempre dispuestos a ser útiles.

Servid a los demás con espíritu de humildad; haced con alegría lo que haya más bajo, de más humillante, y consideraos como servidores de todos. Dirigid todas vuestras acciones con este mismo espíritu, y no merecer el reconocimiento.

No os avergoncéis de vuestra condición, de la de los vuestros, ni de la simplicidad o inhabilidad de un padre, de una madre o de un amigo. Sin duda que el amor propio se revela; pero sepamos vencernos a ejemplo de San Vicente de Paul. Estaba un día en su cuarto, cuando vino el portero a anunciarle que un joven paisano, muy mal vestido y que decía ser su sobrino, solicitaba hablarle; Vicente desde luego se avergonzó, y suplicó a uno de los suyos que fuese a recibir a aquél joven; pero bien pronto se arrepintió de haberse avergonzado, y bajando el mismo fue hasta la calle donde se había quedado su sobrino, lo abrazó tiernamente, le tomó de la mano y se lo presentó a sus sacerdotes: — Señores, les digo, he aquí el miembro más honesto de mi familia.—Sobrino, dijo volviéndose hacía el joven que estaba turbado, saluda a estos señores.

Sed humildes; rechazad las alabanzas y creed que casi se burlan de vosotros.

Cortad o volved a otra parte la conversación; esto es lo que hacían los santos, que temían más a las alabanzas que a las humillaciones. “Los que me alaban dice San Ignacio, me azotan.”

Huid de los honores, no para que se os haga mayor instancia, o para que se os estime más, esto sería orgullo, sino por desconfianza de vosotros mismos.

El venerable Juan Bonvicio, franciscano, para curarse de la vanagloria, miraba como una civilidad mundana todos los honores que le tributaban los hombres.

Huid de las cosas extraordinarias aun en la piedad. El orgullo afecta la singularidad; la humildad se complace en el camino común y ordinario.

Sed sencillos en vuestros vestidos por espíritu de humildad, y cuando seáis obligados a presentaros en el mundo, dejaréis la simplicidad de vuestro adorno, gemiréis delante de Dios, y suplicaréis a Nuestro Señor que os libre de la vanidad. Pero ¿no procuráis con mucha frecuencia ocupar el pensamiento de otros, llamar la atención ser amados y estimados? Buscad solamente a Dios.

San Hilarión lloraba porque se conocían sus acciones, temiendo no ser recompensado sino por los hombres.

Hay quienes sienten placer de que se ocupen de ellos aun cuando sea por mal. Orgullo!

Haciendo un acto de Humildad no queráis ser notados; esto sería ir a parar en el orgullo por el sendero de la Humildad.

Evitad ponerlos a la vista de los demás lo más que os sea posible, pero sin afectación. Habláis y hacéis para atraeros la estimación y el respeto; recordad que aquello no sirve sino para descubrir la extensión de vuestro orgullo, y así os haréis despreciables por las mismas cosas por las cuales pretendéis haceros estimar.

¿No os desagrada el orgullo en otros? ¿No lo encontráis demasiado pueril, de muy mal gusto y muchas veces demasiado ridículo? Sabed, pues, que todo lo que decís o hacéis, las más veces pasa desapercibido entre los que os rodean, y pensad que ellos juzgan de muy diferente manera que vosotros.

Jamás tengáis de nada la más ligera pretensión.

Sed humildes en vuestro carácter; no caminéis con afectación ni con arrogancia. Sed modestos en vuestras miradas.

El beato Fr. Gil, compañero de San Francisco, respondió a un religioso que le preguntaba el modo de huir del orgullo, con estas palabras: “Recordad bien que mientras no bajéis los ojos al lugar en donde tocan vuestros pies, jamás evitaréis el orgullo.” Por amor a la Humildad no desdeñéis los vestidos sencillos, los alimentos mal preparados, los empleos viles, etc. No olvidéis que todo es bueno para vosotros.

El demonio del orgullo nos acompaña por todas partes: antes de hacer purificada bien vuestras intenciones; antes y después de la acción ofrecedlo todo a Dios.

Cuando San Bernardo era tentado por el orgullo en sus acciones decía: “Satanás, yo no he comenzado por ti. Yo no acabaré por ti.” No omitáis ejecutar una buena acción por temor de la vanagloria, si esta vanagloria os desagrada; ella no impedirá que la obra sea perfecta, y la mayor parte de vuestra buena obra será vuestra porción. Si un labrador se dijese antes de sembrar: “Vas a derramar tu grano, y después las aves del cielo y las bestias de la tierra vendrán a devorarlo todo,” jamás sembraría su campo y así no tendría de que alimentarse.” (Beato Fr. Gil).

Si por el temor de la vanagloria no hacéis el bien, el demonio se regocija, y el pérfido, so pretexto de virtud os dirá: “absteneos.” Confesaos con frecuencia y descubrid con franqueza las miserias más secretas de vuestra alma. No debéis contentaros con acusaros en general de haber tenido pensamientos de orgullo, de vanidad, de haber hablado o hecho tal cosa con este mismo espíritu: para una alma orgullosa y para vosotros que deseáis a todos precio adquirir la Humildad, esto sería hacer precipitadamente una buena marcha. Especificaréis, pues, algunas veces vuestros pensamientos, vuestras palabras o vuestras acciones contaminadas de orgullo. Es muy humillante poner al descubierto la miseria y lo ridículo de sus pensamientos; pero si queréis sacar provecho lo haréis así, después de haber pedido permiso a vuestro director.

Un examen serio os conducirá al conocimiento de vosotros mismos, y este conocimiento os llevará al desprecio de vosotros mismos, a la Humildad.

Es una grande humillación hacer que se conozca la perversidad de nuestro corazón, sus pecados; sí, es una gran humillación descubrir a otros estos mil defectillos de nuestro corazón, que no nos atrevemos a confesar a nosotros mismos; pero es muy saludable esta humillación.

Meditad muchas veces estas palabras de San Pablo: “¿Qué tenéis vosotros que no hayáis recibido de Dios; y si lo habéis recibido, por qué os gloriáis como si no lo hubieseis recibido?”

Si todo nos viene de Dios.

Todo es por Dios.

Todo debe ir a Dios!

Para Dios sólo.

El amor, el honor y las alabanzas.

Por los siglos de los siglos. Amén.

Ofrecemos también aquí las magníficas sentencias de San Juan de la Cruz; en ellas encontraréis un resumen perfecto de la materia que nos ocupa, y procuraréis hacer de ellas la regla de vuestra conducta.

LA NADA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Nada Soy.—Nada puedo.—Nada quiero.—Nada merezco.—Nada se me debe.

A la nada, nada se le debe.—La nada no puede nada.—La nada no quiere nada.—La nada no es buena para nada.—La nada no es digna de nada.—La nada debe quedar en la nada.—La nada no se queja de nada.—La nada no se ofende de nada.—La nada no se admira de nada.—La nada no se turba de nada.—La nada no es propia para nada.—La nada no ambiciona nada.—La nada no desprecia nada.—La nada no pide nada.—La nada no examina nada.—La nada no se contenta con nada.—La nada no pretende nada.—La nada no se apropia de nada.—La nada no recibe gusto de nada.—La nada no desaprueba nada.—La nada no se lastima de nada.—La nada no tiene envidia de nada.—La nada no se molesta por nada.—La nada no toma parte en nada.—La nada no resiste a nada.—La nada no se escandaliza de nada.—La nada no anda solicita de nada.—La nada ni juzga ni condena nada.—La nada no se incomoda de nada.—La nada no teme nada.—La nada no desea nada.—La nada no recuerda nada.—La nada no se ofende de nada.

Nada en todas partes;—nada en todo.

En esta dichosa *nada* es en donde el alma gusta de una paz divina, porque estando reducida a nada, Dios en su todo en todas las cosas.

Penetrémonos bien, queridos lectores, de nuestra nada.

Nosotros nada somos; nada más somos que miseria y pecado: sigamos, pues, en nuestra conducta las Sentencias de San Juan de la Cruz; y en este feliz anonadamiento de nosotros mismos que encontraremos la calma y la paz del corazón.

Bien lo sabéis vosotros, que cuanto más elevado está el árbol, más fuertemente es agitado por el viento. Anonadémonos, pues, olvidémoslo todo, olvidémonos de nosotros mismos para no perder a Dios.

APENDICE

Qué de circunstancias ¡Qué de orgullo en todo y por todo, y yo ni aún siquiera me he apercibido de esto! No es posible pensar, hablar ni tratar profundamente de esto! La Humildad es una virtud rara, y sin embargo es una virtud fundamental y necesaria! ¿Cómo arrancar de raíz tanto orgullo de mi corazón? ¿De qué manera podré elevarme a esta sublime virtud de la Humildad? ¡Ve ahí cuanta dificultad!

Tales son, sin duda, los sentimientos que se agitan en vuestro corazón después de la lectura de este capítulo cuarto. La perla de la Humildad os parecerá tan bella, tan rica, que estarías pronto a venderlo todo, a sacrificarlo todo por conseguirla; pero también os parecerá que hay tanto que hacer, que no os atrevéis a poner manos a la obra.

Escuchad, descubrid vuestro enemigo, atacadle en un punto, luego que le hayáis vencido en éste atacadle en otro. Si lo emprendéis todo en detalle no podréis lograrlo. No es necesario solamente proponeros en general no tener orgullo en nada y ser humildes en toda las cosas, porque es una materia demasiado extensa y haríais sin duda muy pocos progresos. Dividid vuestro asunto en diverso puntos de la manera siguiente:

1.º Proponeos no decir palabra alguna que sea en alabanza propia;

2.º No manifestéis complacencia de ser alabados cuando se dice bien de vosotros; al contrario, tomad ocasión de allí para humillaros y cubriros de confusión, viendo que no eres tal como se piensa y como deberíais serlo. Tened alegría en oír hablar ventajosamente de otros y si habéis, experimentado algún pesar o habéis sentido algún movimiento secreto de envidia, señaladle como un defecto; de la misma manera, cuando hayáis tenido alguna vana complacencia del bien que habéis oído decir de vosotros;

3.º No haréis nada por respeto humano y para atraer las miradas y la estimación de los hombres, sino únicamente para agradar a Dios;

4.º No os excuséis de vuestras faltas, ni hagáis caer la responsabilidad sobre otros, ni exterior ni interiormente, aun cuando haya fuertes razones para ello;

5.º Ahuyentaréis todos los pensamientos de vanagloria y de orgullo que dan los cosas que llevan reputación y estimación;

6.º Daréis a todo el mundo preferencia, no solo en la opinión, más también en la práctica, y trataréis a vuestros hermanos con la misma humildad y respeto como si fueran vuestros superiores;

7.º Recibid como de la mano de Dios todas las ocasiones que se os presenten de humillaros, y en aquello id siempre en aumento y como subiendo por tres grados: El primero es soportarlas con paciencia; el segundo aceptarlas con prontitud y facilidad; y el tercero abrazarlas con gozo. Porque es menester que no os detengáis en ningún punto hasta que hayáis llegado a estar bien contento de sufrir toda suerte de afrentas y de desprecios para asemejaros a Jesucristo, que quiso por el amor de nosotros ser el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe (salmo XXII. 7).

8.º Haréis actos interiores y exteriores de humildad, y os ejercitaréis en ellos cierto número de veces por la mañana y por la tarde, aumentando este número todos los días, hasta que se ve que hayáis adquirido un hábito perfecto de esta virtud. He aquí los diversos puntos sobre los cuales debéis luchar sucesivamente.

GRADOS DE HUMILDAD.

Según el Doctor seráfico San Buenaventura.

I. Someterse voluntariamente al que está sobre nosotros, es un alto grado de Humildad; pero es justicia.

Es un grado más alto someterse a su igual; esto es abundancia. En fin, es un grado muy alto someterse a su inferior, y en esto hay superabundancia.

II. Es también un grado alto de Humildad ser humilde en sus palabras. Es un grado más alto serlo en sus acciones, y es mucho más alto serlo en su corazón. Es aquí donde reside la virtud y no en las palabras ni en los actos, pues que hay quienes se humillen de una manera perversa en sus discursos, en sus acciones, en sus maneras, en sus vestidos y hasta en su modo de andar.

III. Es también un alto grado de Humildad, humillarse a causa de la multitud de defectos.

IV. Es un grado más de Humildad humillarse por causa de la abundancia de virtudes y dones espirituales, de la misma manera que un árbol excelente se inclina bajo la abundancia de sus frutos, y es por esto que se dice: “Cuanto más grande sois tanto más debéis humillaros en todas las cosas.” (Ecles. III. 18).

Finalmente, es un grado muy elevado de humildad, abatirse para seguir los ejemplos de humildad que nos ha dado Nuestro Señor Jesucristo.

V. Es un grado elevado de esta virtud, humillarse por todo el mal que se ha cometido; y más elevado humillarse por todo el bien que se ha omitido y por la irreverencia con que se han tratado todas las cosas, y es muy elevado humillarse por todos los beneficios que se han recibido inútilmente. Este orden se sigue de la rareza, porque un grado es más elevado cuando es más raro.

VI. En fin, es un alto grado de Humildad estimarse tan vil como lo realmente a los ojos de Dios. Es más alto grado considerarse delante de Dios tan vil, como lo hubiera sido si no lo hubiese sostenido su gracia. Y es un grado muy elevado mirarse tan vil como podría serlo si el Señor no lo guardase contra las tentaciones.

CONCLUSION

Nuestro Señor ha dicho: “El que no se haga semejante a un niño no entrará en el reino de los Cielos.” Él no nos enseñó otra cosa durante toda Su vida, y esto es lo que quiere que aprendamos particularmente de Él. “Aprended de Mí que Soy manso y humilde de corazón.” Su vida entera no fue sino un acto continuado de humildad, desde la humillación del Pesebre hasta la ignominia del Gólgota: “aprended de mí dice la paráfrasis de San Agustín. (Sermón 1.º Verbo Domini), no a criar el mundo, a trabajar sobre la nada, a sacar de ella cosas visibles e invisibles, a resucitar los muertos y a obrar otras maravillas, sino que soy manso y humilde de corazón.”

“Nuestro Señor, dice San Bernardo (Epist. XLII), aunque adornado de todas las virtudes, no se glorificaba tanto como por su humildad, como la virtud que le era la más querida y que mira como la que encierra toda Su Doctrina y todas Sus Virtudes. Es por esto que San Pablo llama la Humildad la virtud propia y particular de Jesucristo; que San León dice: “Nuestro Señor, desde el seno de

Su Santa Madre hasta el suplicio de la Cruz abrazó y enseñó la Humildad más sincera y voluntaria.” (Sermo VII, Epiph). Y San Agustín (en Salmo XXXII) dice: “Hermanos míos, cuando yo nombro a Jesucristo, quiero representaros la Humildad viva y animada que debe servirnos de modelo”. Nuestro Señor mismo ha dicho: “Soy un gusano de la Tierra y no un hombre, el oprobio de los mortales y el desprecio de la plebe.” (Salmo XXII. 7). Su Divina Madre no se llamaba sino la humilde sierva. Todos los Santos han brillado por su grande espíritu de Humildad y han llegado a la gloria eterna por sus profundas humillaciones. ¿Sería prudente usar de otros medios para llegar a tan dichosa mansión?

“Es por los grados de la Humildad, dice San Agustín, que se puede subir al Cielo; estando Dios infinitamente elevado, el orgullo nos aleja de Él y la Humildad nos acerca.”

Humillémonos, anonadémonos. Bastante tendremos que luchar, no hay duda; porque, dice San Gregorio, el amor desordenado de sí mismo, es el primer vicio que nace en el corazón del hombre y el último que muere en él. Pero no nos desalentemos; hagamos hoy un acto de humildad, y mañana engendraremos dos.

Invoquemos continuamente como a nuestros abogados y protectores a los Santos que han practicado en más alto la Humildad; la Santísima Virgen, San José, San Miguel, San Francisco de Asís, etc...

UNA ÚLTIMA CUESTION.

Muchas personas trabajan por largo tiempo para adquirir la virtud de la Humildad; se desalientan las más veces por verse siempre en un mismo estado. Para tales personas pongo aquí esta cuestión: ¿Se puede contar los progresos que se han hecho en la Humildad? No, no se deben valorar los progresos que se han hecho en esta virtud; detenerse en este pensamiento y querer hacer este examen, sería exponerse a obedecer a las ilusiones del amor propio.

Apliquémonos, pues, sin desistir, a adquirir esta virtud. Contentémonos con el consuelo que encontramos en hacer todos nuestros esfuerzos con este fin y no volvamos a mirar atrás.

INVOCACION QUE ES BUENO HACER MUCHAS VECES DURANTE EL DIA

Oh Jesús, manso y humilde de corazón! Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACIÓN A SAN FRANCISCO PARA PEDIR LA HUMILDAD

Oh glorioso San Francisco! Haced que vuestra humildad me sirva de modelo, que como vos yo desee verme despreciado de todo el mundo. Hacedme comprender que mi verdadero bien no consiste en los honores del mundo, sino en sufrir las humillaciones y regocijarme en ellas por el amor de Dios.

PLEGARIA EN FORMA DE LETANÍA PARA OBTENER LA HUMILDAD

Señor: Ten piedad e mí.

Oh Jesús, manso y humilde de corazón, escúchame.

Oh Jesús, manso y humilde de corazón, óyeme.

Del deseo de ser estimado.....Líbrame Jesús

Del deseo de ser amado

Del deseo de ser buscado

Del deseo de ser alabado

Del deseo que se me tribute honor

Del deseo de ser preferido

Del deseo de ser consultado

Del deseo de ser aprobado

Del deseo de ser atendido

Del deseo de ser excusado

Del deseo de replicar

Del deseo de juzgar

Del deseo de hablar

Del deseo de criticar

Del deseo de dominar

Del deseo de agradar

Del deseo de parecer bien

Del deseo de la propia excelencia

Del deseo de ser admirado

Del deseo de ser señalado

Del deseo de tener mi libertad

Del temor de ser humillado

Del temor de ser despreciado

Del temor de ser desdeñado

Del temor de ser calumniado

Del temor de ser vituperado

Del temor de ser burlado

Del temor de ser injuriado

Del temor de ser corregido.....Líbrame Jesús

Yo quiero trabajar por Dios sólo— Ayúdame Jesús.

Quiero soportar todo—Ayúdame Jesús.

Quiero callarme en las contradicciones—Ayúdame Jesús

Quiero honrar a mi prójimo—Ayúdame Jesús.

Quiero humillarme a mí mismo—Ayúdame Jesús.

Quiero despreciar los elogios—Ayúdame Jesús.

Quiero ser servidor de todos—Ayúdame Jesús.

Quiero estar oculto—Ayúdame Jesús.

Oh María, Madre de los humildes—Ruega por mí.

San José, protector de las almas humildes—Ruega por mí.
San Miguel, el primero que habéis abatido el orgullo—Ruega por mí.
San Francisco de Asís, verdadero modelo de humildad— Ruega por mí.
Todos los justos santificados particularmente por el espíritu de Humildad—
Intercedan por mí.

ORACION

Oh Jesús, cuya primera lección ha sido esta: “Aprended de Mí que Soy Manso y Humilde de corazón”; enseñadme a ser como Vos, manso y humilde de corazón. Así sea.



SEGUNDO TRATADO

PRACTICA DE LAS VIRTUDES FUNDAMENTALES



LA VIDA INTERIOR.

LA PRESENCIA DE DIOS

Los maestros de la vida espiritual han recomendado siempre con mucho interés el santo ejercicio de la presencia de Dios; la han mirado como la aurora y la coronación de la virtud, como el fundamento y raíz de la vida espiritual y de toda la perfección cristiana. De la misma manera que el árbol saca el jugo y la vida de su raíz, y que sin ésta perecería inmediatamente, así, todos nuestros ejercicios de piedad deben estar fortificados y vivificados por la presencia de Dios: de otra manera no podremos serles fieles por largo tiempo. Así vemos en la vida de los Santos con cuánto cuidado se han aplicado a éste ejercicio. En efecto, entre todos los medios de salud y santificación, no hay en la práctica otro tan excelente y tan eficaz como el santo ejercicio de la presencia de Dios.

“Queréis, dice San Leonardo de Porto Mauricio, un paraíso anticipado en la tierra, una compañía segura para llegar rápidamente a la perfección? Vivid recogido interiormente, y caminad en la santa presencia de Dios” El Célebre Padre Beaudrand exclama: “Oh vosotras almas de la vida interior, ¿queréis sacar en poco tiempo, rápidos progresos en los caminos de Dios? Aplicaos fiel, ardiente y constantemente al ejercicio de esta divina presencia. Me atrevo a aseguraos en el nombre de Dios mismo, que avanzaréis más en un mes por este camino, que en muchos años por cualquier otro.”

Después de semejantes testimonios, ¿quién no se sentirá deseoso de abrazar este ejercicio? ¿Quién no querrá ensayar un medio tan seguro de llegar a la perfección?

Ofrecemos aquí a las almas piadosas y de buena voluntad un método simple, claro y esencialmente práctico de tener a Dios siempre presente

Examinaremos sucesivamente:

- 1.º En que consiste la presencia de Dios:
- 2.º Si este ejercicio es posible y fácil a todos:
- 3.º Los motivos que nos obligará a practicarlo:
- 4.º El método o practica de conservarse en la presencia de Dios en toda las circunstancias de la vida, y
- 5.º Los medios para llegar a la práctica de esta virtud.

¡Quiera Dios que este modesto trabajo ayude a las almas a avanzar en la vida interior.

CAPITULO I.

¿En qué consiste el ejercicio de la presencia de Dios?

I

El Padre Vaubert dice que el ejercicio de la presencia de Dios consiste en un sencillo y amoroso recuerdo de Dios.

Debe ser *simple*, porque esto puede hacerse sin imágenes ni razonamientos, sin ningún esfuerzo ni intensa aplicación del espíritu.

Amoroso, no porque sea necesario hacer algún acto particular de amor a Dios, sino porque este recuerdo está siempre acompañado de un deseo secreto de agradar a Dios, de adorarle y de servirle.

II

El ejercicio de la presencia de Dios es una sencilla mirada que nos eleva, nos aplica y nos une a Dios. La vista de las perfecciones de Dios arrebatada el alma, la regocija y la ensancha por decirlo así.

III

Es una invocación secreta e interior de los socorros de Dios. Por poco que quisiéramos recogerlos descubrimos la extensión de nuestra debilidad y la acción poderosa de la gracia, y no podemos menos que exclamar: *Señor, ven a mí socorro: Deus in adiutorium meum intende.*

IV

Es un silencio respetuoso delante de la Majestad de Dios que está presente. En este silencio se anonada el alma, se adora, se escucha a Dios que nos habla, y en este anonadamiento, el alma se derrite como la cera delante del fuego del divino amor.

V

Es una conversación dulce, íntima y familiar con Dios. ¿Cómo no dejarnos llevar con confianza a un santo abandono, cuando se considera la bondad de Dios que se digna bajar hasta nosotros y ocuparse de nuestras miserias? Entonces se la habla como lo hace el amigo con su amigo.

VI

Es, en fin, ver la mano de Dios en las cosas visibles que nos rodean. El cielo y la tierra están llenos de la magnificencia de Dios; démosle gloria a Su Poder; agradezcámosle sus beneficios.

Pero el capítulo sobre la presencia de Dios nos hará comprender mejor en qué consiste este santo ejercicio.

CAPITULO II.

La presencia de Dios es posible y fácil a todo el mundo.

Se puede estar en la presencia de Dios y mantenerse con El en todos los estados de la vida. Una alma puede tener verdaderamente presente a Dios, tan separada de las criaturas, en medio de las ciudades, como en medio del desierto. El Pastor como el rey, el negociante como el labrador, el viajero como el hombre de estudios, el rico como el pobre, la madre de familia como la virgen en el claustro; todos podemos pensar en Dios, hablarle, tratar familiarmente con El. El ignorante como el sabio pueden leer en este gran libro la presencia de Dios.

¿Cuál es el hombre que no pueda decir a su amigo: Buenos días. Yo te amo. Ayúdame a levantar este peso. Ven a pasear conmigo. ¡Si tú supieras lo que sufro! Te agradezco tantos beneficios. No sé qué hacer; dame tú algunos consejos. Estemos siempre bien unidos. Acredítame con esta persona.

Cuento con vuestros servicios?

También debe ser sencilla vuestra conversación don Dios. ¡Dios es tan bueno! El comprende todos nuestros modos de hablar. Piensa siempre en nosotros, ¿por qué también no pensamos nosotros en El? Sabemos que es rico, poderoso, que se ha consagrado todo a nosotros nada que pedirle? Hablémosle de todo lo que nos interesa: de nuestros negocios, de nuestra familia, de nuestros goces y de nuestras penas.

Comuniquémosle todos nuestros pensamientos, aún los más indiferentes; y si la conversación con un amigo no se interrumpe después de horas enteras, ¿deberemos ser menos expansivos con Dios? ¡Qué! ¿No tendremos nada que decirle? ¿Nada que pedirle? Ay! Seamos más sencillos. Dios es tan bueno; no tengamos miedo; acerquémonos a Él con entera confianza; esta comunicación toda divina, no os será difícil. Por los demás, “Si no sabéis decir nada, enseña Santa Teresa, escuchad a Dios que os habla en fondo de vuestro corazón.”

Es, pues, bien fácil practicar la presencia de Dios; y todos, cualquiera que sea el grado de nuestra inteligencia, de nuestra piedad, de nuestras ocupaciones, podemos entregarnos a ella. Viene bien al caso decir con San Buenaventura: “Una anciana ignorante puede amar a Dios, tanto como un gran doctor.” Pero para animaros más, escuchad las grandes ventajas que sacaréis de este ejercicio, pesadlas bien.

CAPITULOS III

Motivos que nos obligan a practicar la presencia de Dios.

El ejercicio de la presencia de Dios encierra todas las virtudes y conduce a ellas: hace trabajar de una manera más pronta y generosa. En efecto, suponéd una alma que se nutre con este alimento celestial, que se entretiene habitualmente con Dios y quiere en todo Su voluntad; esta alma está dispuesta a todo, y es capaz de practicar las más heroicas virtudes.

1.º En las pruebas esta alma está animosa. Dios está cerca de ella, con ella y en ella, ¿qué sacrificio no está dispuesta a hacerle en sus bienes, en su reputación y en su salud? La prueba no es superior a su generosidad. *En todos estos males*, dice el Apóstol, *saldrémos victoriosos e inalterables, fortificados por aquél que nos ha amado.* (Rom. VIII, 37)

2.º En los sufrimientos, el alma que vive en la presencia de Dios, es consolada. ¿Se sufre cuando uno tiene a un Dios—amigo de los sufrimientos, un Dios—modelo en el dolor, cuando se tiene a un Dios por testigo, por sostén y por recompensa?

3.º En las tentaciones resiste con más fuerza. Pensando que está delante de Dios, dice Rodríguez, ¿Quién se atreverá a ofenderle? ¿Cuál es el buen criado bastante insolente para despreciar las órdenes de su amo en su presencia? ¿En dónde está el ladrón bastante atrevido para robar a los ojos de sus jueces? Y si la presencia de un hombre respetable es capaz de contenernos en el deber, ¿qué no podría hacer la presencia de Dios?

4.º *Si sucumbe se levanta más pronto.* El alma acostumbrada a suspirar siempre por Dios, no cesa de elevarse hacia El, aun cuando se considere separada, como si estuviera en el abismo. Por el contrario, ella crea más fuerza porque siente desde luego el mal y Dios no puede hacerse esperar por mucho tiempo del alma que lo llama sin cesar.

5.º La presencia de Dios nos conduce a la vida interior, y a ésta unión íntima con Dios que hace que las delicias de las almas piadosas. Ella no dispone para la oración y meditación, y se ocupa en estos actos con más agrado, se ora con más fervor y menos distracciones.

6.º La presencia de Dios sostiene el alma en su primer fervor y le recuerda sus resoluciones; por el contrario, el que no se ejercita, ve desvanecerse la presencia de Dios, bien pronto disipa el fruto de sus confesiones, de sus comuniones y cae necesariamente en cierto estado de languidez espiritual.

7.º La presencia de Dios nos inspira una intención más pura en nuestras acciones. En efecto, pensando que estamos a la vista de Dios, ¿podremos trabajar por algún otro motivo que no sea el de Su mayor agrado?

8.º El pensamiento de Dios nos hace producir mil pequeños actos de virtudes, en los cuales no pensaríamos; Él nos sostiene, despierta nuestra alma, y nos hace capaces de actos más heroicos.

9.º La presencia de Dios llena el alma de alegría, le da un gusto anticipado de la Patria Celestial. El doctor San Buenaventura dice: “Estar en la presencia de Dios, es comenzar a gozar desde esta vida la felicidad de los bienaventurados.

“En efecto, la dicha de los bienaventurados consiste en ver a Dios y gozarle eternamente; por la presencia de Dios, vemos a Dios, lo poseemos tanto como nos es posible sobre la tierra, en donde no se puede verle sino en enigma y como en un espejo, mientras que en el cielo lo vemos cara a cara. *

El pensar continuamente en el Señor, es una posesión anticipada de igual dicha. Él es la fuente de nuestros méritos, y contemplarle cara a cara será la recompensa. No podemos, sin embargo, verle con nuestros ojos, al menos tengámosle presente, mientras que estamos lejos de Él. Cuanto más frecuente y *(I Cor. Cap. XIII, 12).

lleno de piedad haya sido este recuerdo durante nuestro desierto, tanto más perfecto y embriagador será nuestro gozo en la Patria Celestial. **

Tales son las ventajas que encontramos en el ejercicio de la presencia de Dios; y, por el contrario, el olvido de esta presencia abre las puertas de nuestro corazón a todos los vicios. El pecador que no tiene a Dios delante de sus ojos, es porque todos sus pensamientos, sus afectos, sus palabras y sus obras están manchadas, su corazón perdido y corrompido.

Pero ¿cómo encender y alimentar en nosotros esta divina presencia en medio de nuestras ocupaciones? ¿Cómo sujetar nuestro espíritu, ordinariamente tan voluble, y levantarlo a Dios en medio de nuestras preocupaciones, de los estorbos y las fatigas del día?—Traeremos un pensamiento piadoso de lo que hacemos, o del estado en que nos encontramos; nada más fácil, como lo veremos en el capítulo IV.

Cada uno modificará sus pensamientos según su gusto y la disposición de su espíritu. No es necesario variar vuestra conversación, vuestro pensamiento, siendo el objeto que veáis, y buscar con empeño y con ardor para tomar como al vuelo todos los pensamientos piadosos que pueden venir a nuestro espíritu, procurando que salga un sentido espiritual de todo lo que encontréis; esto sería fatigaros no sacaríais absolutamente ningún provecho. No; dejad más bien alimentar vuestro corazón con un pensamiento, tanto cuanto él quiera. Pero repito, seamos pacientes, sencillos, llenos de abnegación para con Dios en nuestras comunicaciones...sin afectación dejémosle hablar al corazón.

CAPITULO IV.

Nuestra conversación está en el
Cielo (Filip. III.20)

Método para conservarse en la presencia de Dios En todas las circunstancias de la vida.

Indicamos sucesivamente dos métodos de practicar la presencia de Dios. Las personas dedicadas a los negocios y ocupaciones de cada día podrán observar el primer método, el cual no exige tanto tiempo ni pide al espíritu una atención del momento; por el contrario, aquellas que están más libres y acostumbradas a la meditación, emplearán con delicia el segundo método, en donde encontrarán

un alimento para su piedad, para su devoción y para hablar continuamente con Dios.

ARTICULO PRIMERO—PRIMER MÉTODO

Convenios o Contratos.

Para que vosotros podáis quitar sin pena algunos instantes a vuestras ocupaciones para orar por la mañana y por la noche, he aquí un método muy

** (San buenaventura. Adelanto espiritual. Cap. XX. Sal. XV).

fácil para todo el mundo y en todos los momentos de la vida. Sin que dudéis de esto, vuestro corazón, vuestra memoria, vuestra inteligencia, vuestros pies, vuestras manos, todos vuestros sentidos exteriores suplicarán a Dios, le hablarán, le bendecirán y le expondrán vuestras diferentes necesidades, sin esfuerzo. Ved aquí lo que llamo orar o practicar la presencia de Dios por convenios o contratos.

De la misma manera que los hombres por signos exteriores descubren sus pensamientos, y se ponen de acuerdo, así también convenid vosotros con Dios que conoce el fondo de vuestro corazón:

1.º Que cada vez que miréis una imagen, un crucifijo, una estampa, aun cuando sea involuntariamente y sin atención, será una señal del amor de que estáis abrazados por Él, que vuestra dicha consiste en mirarlo y pensar en Él.

2.º Que cada vez que leyereis u oyereis pronunciar el *Santo nombre de Dios*, o toda otra palabra según vuestro agrado, protestaréis que sólo Él, es el verdadero Dios, Criador y Conservador, que creéis y esperáis en Él, delante del cual os prosternaréis diciendo: Honor, gloria, amor, etc.

3.º Que cada vez que pongáis la mano sobre vuestro corazón se lo ofrezcáis y consagréis, como que Él es su soberano dueño. Convenid que por este acto suplicaréis a Jesús que establezca su morada en vuestro corazón, que lo desocuparéis de todo otro amor, para que sólo Él lo llene; que lo cambien en un horno encendido; que no tenéis otra voluntad que la suya; que os regocijáis de verlo amado, y que tenéis pesar de haberle ofendido.

4.º Convenid con Jesucristo, que por cada aspiración deseáis atraerle a vuestro corazón todo abrasado unirle con vosotros con todas sus virtudes. (Llamad a Nuestro Señor según vuestro deseo o la necesidad de vuestro corazón, y consideradle como bueno, glorioso, humilde, pobre, sufrido, etc., según queráis excitaros a la confianza, la humildad, a la pobreza, a la paciencia).

5.º Convenid también que por cada respiración deseáis darle el cuerpo, el alma, pensamiento, palabras acciones; que queréis que el universo se abra en amor por Él, y esto con la mayor alegría y la perfección más posible.

6.º Convenid que a cada palabra que os veáis obligados a decir, queréis repetir el dulce nombre de Jesús: oh! Bien, amor, misericordia!

7.º Convenid que a cada puntada de aguja, tenéis la intención de pedir a Dios, que rompa vuestro corazón para hacerle más sensible a Su amor.

8.º Convenid que a cada paso que deis tenéis intención de pedirle perdón o de agradecerle tal o cual gracia.

9.º Convenid que por los signos que hagáis de la Santa Cruz, por vuestras inclinaciones, por el acto más pequeño de piedad, deseáis procurar a Dios tanto honor y gloria y darle tanto consuelo, cuanto le han procurado los santos y le procuran las almas más fervorosas todos los días.

10.º Si tenéis alguna pena que os atormente, convenid que todas las veces que penséis en ella, tenéis la intención de presentarla al Sagrado Corazón de Jesús.

11.º Convenid que cada vez que levantéis los ojos al cielo suspiraréis por la dicha de ver a Dios.

12.º Antes de ir a vuestras ocupaciones, seguid la práctica de Santa Teresa, de Santa Mónica y de muchos otros santos: dejad vuestro corazón en adoración delante del altar: en el curso del día os acordaréis que vuestro corazón está allí cerca de Jesús...Este pensamiento mantendrá el fervor en vuestra alma y facilitará el recogimiento.

Según estos ejemplos veis ya la manera de ejercitaros es estos contratos con Dios; podéis aún variarlos y multiplicarlos según vuestro gusto, vuestras ocupaciones y la necesidad de vuestra alma.

He aquí el método de la presencia de Dios que propongo a las personas muy ocupadas. No me digáis que aún todavía es imposible, puesto que Él no exige de vosotros ni una vez siquiera la atención actual a Dios, y que no impide entregaros libremente a vuestros negocios.

Decís que de tal modo estáis tan ocupados, que no os queda ni un momento para orar, por decirlo así; pero emplead este método, y vuestros pensamientos, vuestras palabras, vuestras acciones, vuestros menores movimientos serán como otras tantas deprecaciones, oraciones, jaculatorias, y Dios las recibirá como tales. Así seguiréis el precepto de Nuestro Señor: “Es necesario orar siempre sin dejarlo jamás.” * Todo el día será una oración continua. Ved cuantas gracias sacaréis para vosotros; todas vuestras acciones irán mejor dirigidas y adquiriréis numerosos méritos. Esto que os pido es poca cosa, y sin embargo os redundará en grande aprovechamiento espiritual.

Después de algunos días de estos ejercicios, vuestra alma se sentirá como rejuvenecida, estará menos seca, menos árida. El pensar en Dios vendrá a ser más familiar y sentiréis que sois llevados dulcemente a una felicidad más grande. *¿Cuántas veces debéis hacer estos convenios?* Hacedlos dos o tres veces al día o al principio de vuestras principales ocupaciones; más frecuentes si podéis, y al menos por la mañana antes de levantaros.

Haced esto y viviréis.

* (Lucas XVIII

ARTICULO SEGUNDO.—SEGUNDO MÉTODO

El cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria.

Almas piadosas, las que tenéis más tiempo para daros a la meditación; desde luego Dios os lo pide: no sentís? Sedles fieles a Su gracia. Vuestro corazón tiene sed de Dios; contentadle...El Cielo es nuestra verdadera Patria; todo sobre la tierra debe recordárnoslo. Esforzaos cada día por elevaros a lo sobrenatural y vivir en las regiones del espíritu; disfrutad de los bienes de la vida, pero siempre según Dios; que no os detenga la corteza vil de las cosas sino que vuestro espíritu se eleve más alto.

“Nosotros debemos tener en todo tiempo, dice San Buenaventura, nuestra alma elevada a Dios por la oración, por los pensamientos santos, piadosos recuerdos, meditaciones, lecturas, consideraciones y la contemplación de los bienes celestiales. Así todas las veces que un siervo de Dios cesa un instante de estar en presencia, tiembla, se entristece como si hubiera cometido una falta muy grave apartando sus miradas de un amigo tan glorioso y jamás nos olvida. * Y en efecto es menester convenir en esto:

Si la tierra es un desierto para nosotros, si nuestra alma esta triste y lánguida, muchas veces es porque no le damos el alimento que le conviene, alimento que la fortifique y la levante hacia Dios. Mientras que nos entreguemos a las cosas exteriores, debemos servir a nuestra alma una vianda invisible. **

Así como tenemos necesidad de respiraren todo momento para refrigerar el corazón y para atemperar el calor natural, así también tenemos necesidad de levantar nuestra alma a Dios para saciar su hambre. Bien lo comprendéis, este manjar de nuestra alma es Dios, *es el recuerdo de Dios, es una mirada hacia Dios, hacia Sus Obras...*No solamente el recuerdo de Dios debe venir a fortificar y refrigerar nuestro corazón al tiempo de nuestras plegarias y de la oración, más también, dice el doctor seráfico, debe acompañarnos en medio de nuestras ocupaciones, a ejemplo de los ángeles, que enviados para servirnos saben disponer de tal manera las cosas de fuera, que jamás estorben en nada su vida interior.

Para esto no es necesario entregarnos, sino solamente prestarnos a las cosas exteriores, a los negocios; y no creer que por estar el espíritu absorto en Dios, por decirlo así, no pueda tratar las cosas del mundo y este expuesto a cometer negligencias. Dios que reina como Señor en el corazón, conduce todo a buen fin.

Almas piadosas, aquí abajo debéis vivir con una vida toda celestial; todo debe servirnos de escalones para subir hacia Dios, y de estímulo para amarle en adelante. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Alrededor de vosotros, todo os habla de Dios; escuchad, escuchad este lenguaje místico...Responded...Interrogad

* Del *adelanto espiritual*. Cap. XX

** Job 12.

vosotros mismos a cada una de las criaturas...Vuestro espíritu de fe debe animar la naturaleza, todas las criaturas, a cualquiera clase que pertenezcan, y vosotros mirar a Dios presente en todas ellas.

Apuntaré aquí algunos pensamientos que podrán ayudar a ocuparos de Dios; pero os suplico que evitéis fatigar vuestro espíritu recordándolos todos, o queriendo concebir otros nuevos, porque ningún fruto sacaríais: nada de aplicación intensa: deteneos en este o en aquel pensamiento, según os parezca, y tanto tiempo cuanto sea necesario, para que vuestra alma pueda tomar de allí su alimento:

FLORES.

Cuando veáis flores en un jardín o a la orilla de un camino, les diréis que os hablen de vuestro Dios, que os den una idea de sus perfecciones, de su bondad, de su poder; les diréis que hagan subir su perfume hasta el Cielo...Manifestadles la dicha que tendríais de recogerlas todas para ofrecerlas a María...Pensad en la brevedad de la vida que es tan rápida como la de la flor...El mundo ofrece coronas perecederas; las que Dios reserva a sus elegidos son inmortales...Dad gracias a Dios por haber criado estas flores para vuestro recreo...La belleza, la delicadeza, la frescura, la variedad de las flores nos invitan a esta oración jaculatoria: Oh mi Dios! Cuán grande y magnifico eres hasta en las cosas más pequeñas! Sí, Dios se ha dignado variarlas hasta lo infinito, para hacer encantadora la mansión del hombre sobre la tierra; ¿qué no hará para sus elegidos en el Cielo?...Si tenéis en la mano una flor, no os contentéis con gozar de ella, dad gracias a Dios por su perfume, el cual después de tantos siglos había determinado depositarlo para vosotros en el cáliz de esa flor. La violeta, símbolo de la Humidad, os invita a pedir a Dios esta virtud tan bella, y a desear que esté en vosotros oculta e ignorada, etc., etc.

BOSQUES

¿Os halláis en una floresta? ¿Decidles que alaben a Dios por vos. Decidles que desearíais ver encorvada hasta la tierra la copa de su ramaje en señal de adoración profunda delante de Dios; vuestro corazón exclamaría:

“! Árboles, adorad a Dios por los hombres que no le adoran! Admirad esta vegetación que la Divina Providencia distribuye en cada rama, por pequeña que sea. ¿Veis este árbol como inclinado? Si se es joven aún puede enderezarse. Decidle, pues, a Dios un acto vehemente de amor: haced que me incline sobre vuestra mano; enderezad en mí lo que esta torcido, y que mi voluntad sea la vuestra.” ¿Veis un árbol vigoroso que puede ser derribado con un golpe de hacha? Pensad que vuestra salud está amenazada de muerte. ¿Notáis un árbol cargado de frutos? Él indica para que fue plantado. ¿Para qué os ha colocado

Dios sobre la tierra? Para llevar frutos eternos. ¿En dónde están los vuestros? Nuestro Señor, volviendo un día a Betania, instado por el hambre se acercó a una higuera que vio a la orilla del camino, y no encontrando en ella más que hojas, le dijo: “Ya jamás llevarás frutos; y al instante la higuera se secó.” *

¿Qué juicio ejercería en vosotros, si en este momento os pidiese cuenta de vuestra vida?...

Las hojas se mecen a merced de los vientos, y vosotros, ¿cuántas veces no habéis resistido a la voluntad de Dios? Contad, si podéis, el número de las hojas de todos los árboles; los años de la eternidad son mucho más numerosos: ¿qué haréis vosotros para aseguraros que seréis eternamente felices?

PLANTAS

¡Cuán admirable es la Providencia de Dios! A cada país da los frutos y las plantas que le son necesarios. A cada planta da la tierra a que le conviene. El más pequeño tallo de hierba es objeto de la atención Divina que da a la raíz la inteligencia de sacar de la tierra la cantidad de jugo que le es necesaria para el desenvolvimiento de la planta, y de escoger la calidad que le conviene. Un santo tenía la costumbre de hacer esta oración jaculatoria:

“Plantas, decid al buen Dios, que yo no le amo, pero que deseo amarle; enseñadme vosotras mismas como debo amarle.”

MONTAÑAS

Viendo una montaña, recordad que Dios puede arrojarla en el mar, hacerla desaparecer; pensad en el monte de los “Olivos,” en el monte “Calvario,” en el monte “Tabor.” Un granito de fe puede transportar un monte, nos dice el Evangelio; pedid a Dios que aumente vuestra fe. Decidle que desde lo alto de esta montaña querríais haceros oír, y gritar a todos los hombres: “*Amemos a Dios, amemos a Dios; Él nos ha amado mucho.*” Pensad en la montaña santa, y reconoced que sois indignos de subir a ella.” ¿Quién subirá al monte del Señor? Aquel que trabaja con recta intención y con un corazón puro, etc. **

Las más altas montañas son como átomos delante de Dios; adoremos Su Omnipotencia.

Sol, luz, fuego. La postura del sol os recuerda que no debéis concluir el día sin que desaparezca antes vuestra cólera. Vosotros gemís, sudáis, y vuestros pecados han hecho sudar a Jesucristo gotas de sangre. Soportad con paciencia los ardores del sol. Decid: bello sol de justicia, ¿cuándo apareceré delante de Vos? Señor, calentad mis miembros, pero principalmente mi corazón. Oh! Qué de tinieblas hay en mi espíritu!

* San Mateo. Cap. XXI. V. 19

** (Salmo XXII)

Ilumínate, Señor piadosísimo. Iluminad a todos los pecadores ciegos. Sol, fuego; calentad los miembros entorpecidos de los pobres.

Al levantarse el sol decid, que vuestro buen Dios os da un nuevo día, y que debéis emplearlo bien. En el cielo se tendrá un día sin fin y sin nubes. Un hermoso cielo estrellado recordará la hermosura del Paraíso.

“Alabado sea Dios mi Señor, decía San Francisco de Asís, por todas Sus criaturas y especialmente por nuestro hermano glorioso el sol; es el quién produce el día y nos ilumina con sus rayos: él es hermoso, resplandeciente con un brillo maravilloso: Señor él es verdaderamente Vuestra imagen.”

“Alabado sea mi Señor por nuestras hermanas la Luna y las Estrellas. Vos también las habéis formado en el cielo con su brillo y su belleza.”

“Alabado sea mi Señor por nuestro hermano el Fuego, de él os habéis servido

para iluminar la noche. Él es bello, delicioso, poderoso y fuerte.”

Ved aquí como los santos sabían encontrar a Dios en todas las criaturas: imitémoslo, y nuestra alma se abrasará de amor: repitamos siempre con Tobías: “ ¡Oh mi Dios! El cielo, la tierra y el mar os bendigan.” *

EL CAMINO

Caminando, preguntaos, cuánto habéis adelantado en la virtud. Decid: Señor, Vos estáis conmigo, seguidme a todas partes; iré a donde Vos queráis; dirigid mis pasos. Mi Dios, dadme la mano, venid conmigo, quitad las piedras de mi camino, es decir, las ocasiones de pecar, por temor de que sucumba. Un camino tortuoso os dice que vuestro corazón no tiene menos sinuosidades. El polvo os recuerda el número de vuestras faltas. Representaos a Jesús caminando delante de vosotros, llevando su cruz; y si estáis fatigados, descansad con Jesús que cae tres veces bajo el peso de la cruz.

Vuestro Ángel guardián también está con vosotros; habladle.

Si a vuestro paso encontráis alguno, saludad interiormente a su ángel de la guarda. Cuando salgáis por algunos negocios, implorad siempre el socorro del Espíritu Santo.

Veréis que puede uno santificarse y orar en el mundo, y con un poco de buena voluntad los viajes no disipan nuestro espíritu.

LA CASA

La vista de una choza os recuerda el establo de Belén, y la de una rica habitación, nos dice que nuestra morada en el Cielo será más bella. Excitaos al amor de la simplicidad y de la pobreza. ¿Qué importa que habite bajo un techo de paja, si en la paz del corazón está todo? ¡Cuántas penas sufre el hombre para

* (Tobías VIII, 7)

edificar, y Dios con una sola palabra ha creado el Universo! Pedid a Dios que os perdone todos los pecados que habéis cometido en esta casa, y que bendiga a sus moradores. Al entrar en una casa, suplicad a Jesús que entre a ella con vosotros y que ordene todas vuestras palabras. Decid al Santo Patrón, y al Santo Ángel: velad por esta familia, etc...

A la vista de vestidos brillantes, decid a Jesús que estáis contentos con los vuestros; que para vosotros que sois grandes pecadores los harapos serían muy buenos. Pensad en los pañales con los que fue ceñido Jesús en su nacimiento; en el manto vil de púrpura con que lo cubrió Herodes en señal de burla. ¡Cuántas veces habéis pecado por vanidad, por lujo, por inmodestia!.. San Atanasio lloraba viendo a una mujer mundana, y decía, que tenía más cuidado de agradar a los hombres que de agradar a Dios. Pensad en el vestido brillante que tendréis en el Cielo. Estas reflexiones, ¿no son preferibles a todos los pensamientos de vanidad que hierven en vuestro

espíritu? Decid, pues: Señor, si yo hubiera estado en el pesebre cuando Vos estabais penetrado de frio, de muy buena gana habría dado para abrigaros esto que tengo de más.... Recordad por vuestros vestidos, que todo lo tenéis de la liberalidad de Dios.

RIQUEZAS

Al ver dinero, u oyendo hablar de fortuna, decid: yo tengo a Dios, y Él me basta. Pensad en estas palabras del Evangelio: “Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura.” “Desgraciados los ricos.” “Bienaventurados los pobres.” “¿De qué le sirve al hombre ganar el Universo, si pierde su alma?” El rico no sabe para quién amontonar sus riquezas. La gloria del mundo pasa, ¿y en cuánto tiempo se goza de todas las riquezas que se han amontonado con tanto afán? “Atesorad para el Cielo en donde no hay ladrones que cavén y roben vuestros tesoros.” Dios es mi todo; repetía sin cesar el filósofo cristiano, San Francisco de Asís. “Todo es para vos, Dios mío, dice una alma fervorosa; yo os ofrezco el cielo y sus estrellas, el mar, el mar y sus numerosos peces, la tierra y todas sus piedras preciosas, las plantas y los árboles, las flores y los frutos, los animales, los insectos, las aves, oh mi Dios.”

ALIMENTOS

Los alimentos recuerdan que no solo de pan vive el hombre, sino también de la palabra de Dios; que la mortificación derribe el orgullo de la carne; que no sea este nuestro verdadero manjar. Que aquél que alimenta delicadamente su cuerpo experimentará bien pronto su castigo. “Mi alimento, decía Jesucristo, es hacer la voluntad de mi Padre.” Tomando vuestra comida, acordaos de vuestra indignidad; y ¡cuántas veces habréis abusado de los beneficios de Dios!

Acordaos de los pobres, que no tienen lo que vos tenéis, de las almas fervorosas que se contentan con poco y mortifican siempre su carne. Invitad sucesivamente al Santo de vuestro nombre, a San José, a la Santísima Virgen a tomar alguna cosa con vosotros. Haced de una manera desapercibida con la cuchara la señal de la Santa Cruz sobre vuestros alimentos. Recordad la fragilidad de Jesús y de los Santos. Decid: Señor, alimentad mi alma. Las fuerzas que quiero recibir que sean empleadas para vuestra gloria. “Mi Dios, decía nuestro Padre Baltazar Sánchez, cuando tomaba su comida, haced que todos los granos de trigo que han servido para hacer este pan, sean como otros tantos ángeles que celebren vuestras alabanzas y proclamen vuestra majestad.”

RELOJ

A la vista de un reloj pensad que tal vez para vosotros esta puede ser la undécima hora, y que aún todavía no habéis hecho nada; que vendrá un tiempo en que ya no podréis merecer. La muerte sorprende a la hora en que uno menos piensa. Los días pasan, pero la eternidad no tiene fin. Decid: Señor, haced que en todos los momentos yo merezca.

Hay congregaciones de familias que a cada hora del día se ponen de rodillas (en el lugar donde se reúnen) para adorar a la Santísima Trinidad; otras, donde se saluda diciendo: Alabado sea Jesús y Su Santísima Madre; otras donde se reza una Ave María.

GANADOS E INSECTOS

Decidles que bendigan a Dios; si ellos están sometidos al hombre, muy justo es que el hombre se someta a Dios. Admirad esta variedad de animales sobre la tierra, en el mar, en los aires. La fidelidad del perro os enseña gran fidelidad para con Dios por sus innumerables gracias. La araña que coge una mosca, os enseña que es menester huir las ocasiones y ser prudentes en todos vuestros pasos. Admirad la Sabiduría Infinita de Dios que ha dado hasta el insecto más pequeñito todo el organismo de la digestión, y la facultad del sentimiento y del movimiento. Todos estos insectos tienden a su fin; atendéis al vuestro! Jesucristo es el Buen Pastor; decidle que os guarde, que os cure y alimente con sus Sacramentos; decidle que queréis estar siempre bajo el cayado de San Pedro.

San Francisco de Asís se desviaba del camino por no pisar un insecto, porque era una criatura de Dios. Cuando veía un cordero, pensaba en Nuestro Señor.

GRANOS

Recordad que cosecharéis de lo mismo que hubiereis sembrado. ¿Qué habéis sembrado hasta hoy? Los que siembran en lágrimas, recogerán en gozo; consolaos, pues. Si por el contrario, queréis sembrar en gozo, recogeréis en las

lágrimas. El grano muere para germinar; es muriendo al mundo y a vosotros mismos que aprovecharéis en virtudes.

PIEDRAS

Desead ser hollados con los pies como las piedras del camino. Considerad que tenéis el corazón más duro que una piedra, puesto que no sois tocados por los beneficios de Dios; que Dios puede hacer de las piedras pan, y hacer salir de la roca una fuente abundantísima; que Jesús no tuvo sino una piedra en donde reclinar Su cabeza; que una piedra será vuestro solo bien después de vuestra muerte...

ARROYOS, LLUVIA

La vista del agua os recuerda el beneficio del Bautismo; dad gracias a Dios porque os hizo Cristianos. En un día de lluvia deseáis recibir tantas gracias como caen gotas de agua. Pedid a Dios que os lave vuestras iniquidades. Señor, bañadme, porque estoy seco y árido. Iremos a Vos, porque estamos más sedientos que un siervo. Pedid a Dios que extingáis el fuego de las pasiones. La gloria del mundo huye como el agua de un arroyo. El agua es la bebida del pobre.

Nosotros podemos decir de San Francisco: “Alabado sea Nuestro Señor por nuestra hermana el agua, que nos es muy necesaria, útil, humilde, preciosa y pura.”

Cuando bebamos, imitemos a Santa Gertrudis, que tenía la intención de refrescar a Nuestro Señor Jesucristo en su persona.

AVES

Convidadlas a cantar las alabanzas tributadas a Dios. Decidles que suban hasta el cielo a pedir perdón por vosotros. Decid con el Profeta: “! Quién me diera alas para descansar en el seno de Dios!” Pensad que los pájaros no siembran, y sin embargo no mueren de hambre; tened también vosotros confianza en Dios. Los Sacramentos son las alas para volar al Cielo, ¿os aprovecháis de ellos?

CANCIONES, RECREACIONES

Cuantos más bellos son los canticos del Cielo, tanto más dulces son sus regocijos. Pedid perdón a Dios por los cantos, los entretenimientos profanos, y decidle: señor, vos sólo sois merecedor de nuestros cánticos. Querré en adelante

cantar sin cesar: Amor *gloria y honor* solamente a Dios. El que canta hoy llorará mañana.

REGOCIJOS

Estáis en algún regocijo? Comunicadlo a Dios, alabadle, agradecedle, contadle toda vuestra dicha como a un amigo. Los regocijos de la tierra no son comparables con los del Cielo; por vuestros pecados os hacéis indignos de ellos. Regocijaos con moderación...

PENAS

En las enfermedades, en las tentaciones y en las contrariedades decid: “Señor, Vos veis lo que experimento. Espero en Vos: a Vos lo ofrezco. Me resigno. Id en espíritu al Huerto de los Olivos y estad cerca de Jesús en Su agonía; decid: Señor, ayudadme; yo me pongo en vuestras manos. Haced de mí lo que os agrade. Haced la señal de la Cruz sobre el lugar de vuestro dolor. Pensad en los sufrimientos de Jesucristo, de los mártires y en la pena que merecen vuestros pecados.

INGRATITUDES, INJURIAS, HUMILLACIONES

Es muy duro, pero digámonos a nosotros mismo: El Señor lo permite, dejémosle hacer. Estas personas que me atacan son embajadores de Dios que vienen a tomar venganza de una manera misericordiosa. Jesucristo clavado en la Cruz os dice: “Miradme a mí que soy inocente, y sin embargo vosotros que sois culpables os atrevéis a quejaros.” Recibid con entera sumisión todas las humillaciones aún con amor, acordándoos de Jesús en el Pretorio.

Decid a Nuestro Señor: si queréis grabar un poco más vuestra imagen en mi corazón, yo os lo agradezco.

NEGOCIOS

Cuando hagáis alguna cosa, decid en el fondo de vuestro corazón; “Por favor Vos Señor, por Vos, Señor.” Tratad familiarmente con Dios; habladle de vuestros negocios, de vuestros proyectos, de todo lo que os interesa, y esto con el corazón abierto. Pedidle consejo; decidle que os ayude.— Suplicad a Jesús que os traiga tal o cual cosa de que tenéis necesidad, y que se digne acompañaros. Imaginaos ver a Jesús o a vuestro ángel de la guarda que os conducen al objeto que vais a buscar.

Hay quienes repiten durante sus trabajos esta invocación: “Dios mío, ayudadme: Jesús, tened misericordia de mí. Dulce corazón de María, sed

nuestra salud.”...Hay también quienes en todo momento hacen la señal de la cruz sobre su corazón, sobre su boca y sobre su obra.

FALTAS

Si habéis caído en algunas faltas, decid: “Dios me aguarda para perdonarme. Señor, yo me arrepiento. Virgen Santa, Santo Patrón, perdón por mí! Señor, yo estoy manchado; báñame con Tu Sangre; haz muerto en la Cruz por mí; gracias !Perdón! Perdóname o baja de la Cruz. En Ti pongo mi confianza.”

DUDAS

En vuestras dudas decid: “Señor, ¿qué es necesario hacer?—Iluminadme, ¿qué deberé responder? Hablad, Jesús; no queremos sino Vuestra Gloria.

CABELLOS Y OJOS

Acordaos que ninguno de vuestros cabellos caerá sin que Dios lo permita.— Confiad, pues, en Su Providencia.— Acordaos que vuestros pecados son muy numerosos. ¿No habéis hecho de vuestros cabellos un objeto de vanidad? ¿Deseáis, como la Magdalena, enjugar con vuestros cabellos los pies de Jesús? ¿No está sostenida de un cabello vuestra vida? En tocando vuestros ojos, o mirando los ojos de otra persona decid: “Dios me ve mucho mejor que lo que yo veo los objetos que me rodean...? Cuándo podré contemplar a mi Salvador en la Gloria? Mis ojos debieran estar anegados en lágrimas a causa de mis pecados. Hay quienes tienen ojos y no ven. ¿No soy yo uno de ellos?—Señor, haz que yo conozca la gravedad y número de mis pecados, la grandeza de Vuestro Amor y lo Infinito de Vuestra Misericordia; guardadme como la pupila de Vuestros ojos. Apartad de mis ojos para que no vean la vanidad. Siempre los fijaré en Ti, puesto que Tú me miras sin cesar, decía San Agustín.”

“Ofreced a Dios aún la menor guiñada de vuestros ojos, el menor movimiento de vuestros miembros,” decía Santa Magdalena de Pazis.

BOCA

La boca os recuerda vuestra gula, vuestras maledicencias, vuestras calumnias, vuestras mentiras. Rogad al Señor que abra vuestros labios para hablar siempre de Él; para que os de discreción y conocimiento en vuestras palabras.

Dios os tiene en Sus Manos y hará de vosotros lo que quiera. Decid a Jesús que os dé la mano para ayudaros a caminar. ¿Las empleáis siempre en una cosa

útil? Estas manos en cuya forma y delicadeza os deleitáis, vendrán a ser pasto de los gusanos. Decid al Señor: yo levanto hacia Vos mis manos suplicantes; pongo mi alma en vuestras manos.

PIES

Los pies os recuerdan que debéis marchar por el camino de la virtud sin deteneros. Poned bajo vuestros pies los placeres del mundo. Jesús tuvo por vosotros los pies clavados en la Cruz. Pedid a Dios que dirija vuestros pasos por el sendero de Sus Mandamientos.

LA CAMA

La vista de una cama recuerda vuestras sensualidades. Un día os acostaréis para no levantaros más. El Profeta David regaba con lágrimas el lugar donde reclinaba su cabeza, y vosotros no pensáis sino de gozar del reposo; y sin embargo, cuántas faltas tenéis que llorar! Los Santos se levantaban en medio de la noche para hacer oración, y vosotros, ¿tenéis cuidado de elevar vuestro corazón a Dios luego que os despertáis? Rogad al ángel de vuestra guarda que adore y ruegue a Dios mientras que dormís. Acordaos del humilde lecho de los pobres y haced resolución de no conceder nada a la sensualidad.

EL PESEBRE DE JESUS NUESTRO SALVADOR

Dios está siempre con vosotros. Si os dormís, Él vela sobre vosotros; si os despertáis, Él está atento para recibir algún acto de amor, de ofrenda, de agradecimiento; lo hacéis así? Por la mañana Él está allí para recoger vuestro primer pensamiento; ¿se lo dedicáis?

CIELO

La vista del Cielo os dice que es vuestra morada. Decid: “Dios mío, ¿cuándo llegará para mí el momento de subir a ése lugar? Allá hay dicha sin fin; allí cantaréis y bendeciréis a vuestro Dios. Dad gracia a Dios por tal herencia.

TIERRA

Vosotros no sois más que polvo y ceniza; dentro de poco este cuerpo que tanto idolatráis caerá en polvo vil; ¿Por qué, pues, tanto orgullo? Dios sostiene con tres dedos esta masa de la tierra, y esta será vuestra última morada; no ocuparéis en ella mucha extensión. El último día será desconcertado; ¡cuán grandes serán vuestros temores!... Cuánto más meditéis esto pensamientos, con tanta mayor vehemencia diréis con San Francisco: “Alabado sea mi Señor por

nuestra madre tierra. Ella nos da los alimentos, sostiene nuestros pasos, produce diferentes frutos, flores de variados colores y diversidad de yerbas.

PRÓJIMOS

Cuando veáis a vuestros prójimos, habladles a nombre de Dios, de los pobres, de los enfermos, de los afligidos, referidles sus penas, sus displicencias, sus sufrimientos. Dirigid a Dios vuestras preces por las almas del Purgatorio, por los pecadores. Decidle: “Señor; ayudadles; suspended Vuestra Justicia; ésas almas son Vuestra Imagen: ¡perdón, Señor, perdón! Herid su corazón para que Os amen.” Cuando viereis que alguno ha conseguido enriquecerse y ha llegado a los más grandes honores, decid: “Si él está condenado, ¿de qué le sirve todo esto?” Un pobre tiene en la memoria estas palabras: Bienaventurados los que sufren.” Jesús se hizo pobre. Bajo el exterior grosero de un pobre puede haber un alma muy bella. Una corteza de pan seco tomada con corazón gozoso, es preferible a la abundancia con una conciencia agitada. Pedid a Dios que derrame Sus más abundantes gracias sobre vuestros prójimos y que los perdone. Podéis decir: “Oh, mi Dios! Ganadles enteramente sus corazones para que jamás Os ofendan, y Os sirvan en adelante con el más perfecto amor.” Si oís una blasfemia, pensad que Dios la ha oído también y que ha sufrido cruelmente.

ORACION

Yendo a orar, pensad que vais a reemplazar a los ángeles que por largo tiempo adoran al Señor, y que otros ángeles están allí para recibir vuestras oraciones y llevarlas a Dios. Pedid a Dios que prepare vuestro corazón. Reflexionad en las intenciones con que vais a orar. En la iglesia representaos la multitud de ángeles que están alrededor del altar con la frente inclinada hasta la tierra.

LECTURA

Cuando leyereis u oyereis un sermón, decid: “Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha. Dios mío, iluminadme; hacedme conocer vuestra voluntad; ayudadme a practicarla.” Alegraos cuando oigáis pronunciar el nombre de Jesús o María.

IGLESIA

Al ver una capilla o torre, saludad respetuosamente al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen al Santo Patrón. Transportaos en espíritu

al pie del altar; uníos a los ángeles y adorad a Jesús en la Hostia. Haced la comunión espiritual. “No es posible privarse, decía un religioso, de mirar cariñosamente a un amigo por cerca del cual se pasa; y decirle: ‘Soy quien pasa cerca de ti, tú conoces los sentimientos de que estoy animado por ti’” Habladle así simplemente a Nuestro Señor; ¿y nada tendremos acaso que decirle? Hallándoos en la Iglesia, no olvidéis que estáis en la casa de Dios....este púlpito, este confesionario, esta mesa de la comunión no dejan de hablar a tu corazón muy buenas cosas. Mirad en él a Jesucristo, prosternaos en espíritu a sus pies. Cuando hayáis de comulgar llamad sin cesar a Jesús a vuestro corazón; decidle que se apresure a venir a vos; rogadle a la Santísima Virgen que prepare vuestro corazón. Cuando paséis por algún poblado, pedidle a Dios que lo bendiga. Llamad a los santos ángeles para que velen sobre él. Pedid también a Dios que envíe sobre él sus gracias. Agradecedle Sus beneficios, y llorad por los pecados que en aquel poblado se hayan cometido.

A cualquier cosa que hagáis decid: “Por Vos, Señor, por Vos; que se haga Vuestra voluntad,” esto mismo repetía el Padre López.

La araña que coge una mosca, nos dice que es necesario huir de las ocasiones peligrosas.

Hay quien diga muchas veces durante el trabajo: “Dios mío ayudadme ¡Jesús mío, misericordia! ¡Dulce corazón de María, sed su salud!

Hay también quien haga continuamente la señal de la cruz sobre su corazón, sobre su boca y sobre sus obras. Otros, cuando están solos, extienden los brazos en cruz por algunos instantes, hacen genuflexiones y besan la tierra. Los santos han hecho frecuentemente esto. Santa Gertrudis hacía intención cuando bebía, de refrescar a Nuestro Señor.

Mirad con respeto a las personas que acaban de comulgar; adorad en ellas a Jesucristo; prosternaos en espíritu a sus pies.

El tiempo, cuando está en calma o agitado, nos recuerda el estado de una alma en gracia o en pecado.

Una rama seca es como el alma separada de su Dios. Los truenos, los relámpagos y la tempestad nos atraen a la memoria el juicio final.

La fidelidad del perro nos recomienda una fidelidad muy grande para con Dios por todas las gracia que nos concede.

San Francisco de Asís, cuando veía un cordero, pensaba en la dulzura y mansedumbre de Nuestro Señor.

Cuando comáis una fruta, cuando os deleitéis con la fragancia de una flor, no olvidéis que Dios, desde la eternidad, pensó en criar esta fruta y esta flor para probaros Su amor.

Un pesebre, un establo, nos recuerdan a Jesús en Belén. Cuando veáis una sierra, un martillo, un taller, una hacha, etc., debéis acordaros de Jesús trabajando en Nazaret.

Los cordeles, los clavos, un pedazo de madera, un látigo, las espinas, nos recuerdan la pasión de Nuestro Señor.

Cuando alguna persona os salude, saludad a su ángel de la guarda, y no olvidéis que es un cristiano, y que el reino de los cielos es su herencia.

Cuando despertéis durante la noche, acordaos de las almas del Purgatorio, de aquellos religiosos que interrumpen su sueño para levantarse a orar y para cantar las alabanzas de Dios a los ángeles que adoran en aquel momento al Santísimo Sacramento.

En los largos insomnios pensad en la duración de las penas del purgatorio.

Santa Teresa se ofrecía a Dios, diciendo: “Señor, vedme aquí; haced de mi lo que Os agrade.” Decidle vosotros lo mismo: “¿Qué queréis, Señor, que haga? Oh! Cuánto deseo amaros!”

Hay personas que ponen un alfiler sobre su manga, para que viéndolo recuerden la presencia de Dios. Otras pasando por delante de las estatuas o de los cuadros de la iglesia o de sus casas las saludan interiormente.

Ved aquí las innumerables y bellas prácticas que podéis imitar.—En fin, en los libros, o por lo menos en el corazón, tendréis oraciones jaculatorias, ya sean las que están enriquecidas con indulgencias, o ya sean las que os inspire vuestro corazón.

CONCLUSION

¿Habéis comprendido ahora cómo es posible orar siempre y pensar en Dios a todas horas sin interrumpir vuestras ocupaciones? Podréis desarrollar las reflexiones que acabáis de leer, y estoy seguro de que vuestro amor a Jesucristo os sugerirá otras muchas. La práctica es de todos y de todos los instantes, y rezad por ser tal práctica un alimento abundante para vuestra alma. La presencia de Dios es una comunión espiritual; repetidla cien veces! ¡Cuántos actos de fe, de esperanza y de caridad en esta práctica santa! ¡Cuánto fervor de humildad, de mortificación! ¡Qué gozo, qué paz interior!...¿Qué cosa más honrosa que pasar el tiempo conversando familiarmente con Dios? ¿Qué cosa más santa, más justa y más bella? Es, pues, muy cierto que la presencia de Dios conduce a todas las virtudes, y con razón asegura Santa Teresa: “Qué si durante un año se perseverara en actuar la presencia de Dios, al fin se encontraría un cúmulo de perfecciones.”

Poned manos a la obra y no desmayéis. Si después de pasar muchas horas en este ejercicio no podéis levantar vuestra alma a Dios, no tardará mucho en que comencéis a amar esta práctica santa, sea porque os parezca más fácil, o sea por los felices resultados que observéis en vuestra conducta.

El alma que se da a la presencia de Dios, parece que se olvida de las criaturas: ella gusta de Dios y es indiferente a todo lo demás; disfruta de grande calma, ama a Dios y se complace en amarle: a cada paso adora interiormente a Dios; se anonada delante de Su Majestad; se abandona a Su santa voluntad, y le manifiesta el deseo que tiene de amarle más y más. Su corazón se dilata, se ensancha sin cesar en oraciones jaculatorias, que, como saetas encendidas, van a tocar en el corazón de Dios para abrirse la entrada.

San Francisco de Sales dice que todo el edificio de la devoción, descansa sobre este ejercicio.

Cuando se ama bien a alguna persona no se piensa sino en ella, no se habla sino de ella, no se le representa otra persona sino ella, y se cree no oír otra voz a todas horas sino la de ella. Pensemos, pues, en Dios; prestemos oídos a su voz, y entonces sí podremos decir: “Señor, vos sabeos que yo os amo!”

HONOR Y GLORIA A JESUS



TERCER TRATADO

VIRTUDES FUNDAMENTALES EN PRÁCTICA

LA VIRTUD



J. M. I. J.

LA POBREZA

PRACTICADA EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

El religioso que para seguir a Jesús crucificado, ha renunciado a las esperanzas del siglo y que ha despreciado las delicias de este mundo, tiene una regla que le traza la extensión de sus obligaciones, y le enseña en qué casos y de qué manera puede y debe imitar la Pobreza del Hijo de Dios para satisfacer a las obligaciones de su voto. Si esta sublime Pobreza que se impone para él sus encantos; si, las dulces privaciones que le presenta, le sonríen y le atraen, entonces ya nada más tiene que hacer sino dejarse conducir por ella; la Regla es como un director vigilante que jamás le pierde de vista. Pero las personas que viven en el siglo, que no han hecho ningún voto, que son enteramente libres, encuentran tales dificultades, que les parece difícil la virtud de la pobreza, por no decir imposible:

1.º Dios tiene pobres y elegidos que quieren imitar la pobreza del Salvador y de los Santos, no obstante los embarazos del siglo. Sí, en el siglo hay almas

muy deseosas de la pobreza y del desapropio voluntario. Sienten que marcharían más rápidamente por los caminos interiores abrazando esta virtud y que su alma volaría ligeramente al cielo, si por lo menos en cierto grado pudieran librarse del peso de la tierra y de una multitud de intereses que les llaman la atención, distraen el espíritu y preocupan el corazón.

2.º También se nos presenta otra clase de personas. Hay en todos los puntos de la Francia la *Tercera Orden* de San Francisco que tiene por objeto extender en las familias y sostener el mundo el espíritu verdaderamente cristiano; el espíritu de Jesucristo ha penetrado en todas las clases de la sociedad. Pero es un punto de la Regla que embaraza generalmente, y al que con dificultad pueden acomodarse las personas del siglo: es *la modestia, la sencillez*, es el espíritu de pobreza del cual se habla en el capítulo III.

¿De qué manera conciliar, *se dice*, las exigencias de la vida, los deberes de la posición social con la práctica de esta virtud?

De ahí que es los Terceros, persuadidos de que no pueden observar su Regla, se turban y se inquietan mucho; y por este mismo motivo, muchas personas no abrazan la Tercera Orden, privándose así de numerosas gracias.

Este pequeño opúsculo está destinado para desengañar a los unos y a los otros. Después de una sencilla lectura, causará asombro ver cómo es fácil ser pobre aun estando en medio del mundo; pero es menester que se hagan familiares las prácticas que aquí se indican, y es entonces que se apreciará la joya preciosa que está escondida en la pobreza.

Las personas consagradas a Dios en la vida religiosa, también encontrarán en esta lectura numerosos frutos que recoger cada día, en los cuales jamás han pensado.

No tenemos la pretensión de responder a todo, ni de apurar toda la materia: ensayaremos solamente delinear algunos rasgos. Si se tiene buena voluntad, la gracia del Señor dirá al corazón de cada uno más de lo que pensamos hacer o decir.

Para que haya orden y claridad en las materias, las dividiremos de la manera siguiente:

- 1.º En qué consiste la virtud de la Pobreza.
- 2.º Grandeza y sublimidad de la Pobreza.
- 3.º La virtud de la Pobreza es posible aun viviendo en el siglo.
- 4.º Ventajas de la Pobreza.
- 5.º Circunstancias de la vida en que se puede practicar la Pobreza.

CAPITULO I

¿En qué consiste la virtud de la Pobreza?

La virtud de la Pobreza, separada del voto, consiste en separar el espíritu y el corazón de todas las cosas de este mundo. Es ella la que desprendiendo nuestro corazón de los cuidados del siglo le arranca todo atractivo hacia las riquezas, le

hace indiferente a todo lo que pasa, le pone en estado de entregarse todo entero a Dios, y le hace semejante a Jesús naciendo, viviendo y muriendo pobre, el cual no tuvo otro cuidado que la gloria de Su Padre y la salud de las almas. Parece que San Pablo describe esta virtud cuando escribe a los de Corintio, por estas palabras: “Yo os digo, hermanos míos: el tiempo es corto: los que se alegran, estén como si no se alegrasen: los que poseen las cosas de este mundo, estén como si nada poseyesen, y los que usan de este mundo, estén como si nada usasen.” Es decir, no apeguéis vuestro corazón a nada de lo que pasa, y aun en medio de la abundancia manejaos como si estuvieseis en medio de la indigencia, desnudos de deseos y pobres en el uso de los goces que ofrecen los bienes de la tierra.

El atractivo que tenemos por la pobreza nos hace amable todo lo que lleva su imagen, y nos inspira repugnancia todo la que la ofende.

La virtud de la Pobreza debe tener, pues, por efecto:

- 1.º Apartarnos de todo lo que puede adherirnos a las cosas de este mundo;
- 2.º Hacernos sufrir con resignación todas las pérdidas de los bienes de que nos hace desprender;
3. Hacernos amar a los pobres despojados de las cosas que no queremos para nosotros, y como miembros que son de Jesús;
- 4.º Darnos grande atractivo por los sufrimientos de la pobreza, cuando uno es rico, y por la paciencia, la dulzura y la alegría aun en las privaciones, cuando uno es pobre.

El Hombre que ama la Pobreza como virtud, debe considerarse feliz de ser como aquel que no tuvo una piedra para reclinar su cabeza.

He aquí en lo que consiste la virtud de la pobreza.

CAPITULO II

Grandeza y sublimidad de la Pobreza

La Cruz de Jesús es una locura para la sabiduría del mundo: Su pobreza es una irrisión para el siglo y para los partidarios de su pomposo brillo. Los ojos de los hombres, alimentados con el fausto, el lujo, la molicie, difícilmente se habitúan al espectáculo de un Dios recostado sobre la paja y toda Su vida rodeado de las amarguras de la Pobreza. Pero lo que es locura a los ojos de los hombres, es sabiduría a los ojos de Dios, y lo que al mundo parece abyecto, es grande y sublime a los ojos de la Fe. Bossuet, en su panegírico de San Francisco de Asís, después de haber probado que la Pobreza ha sido dejada por Dios sobre la tierra para dar a los que son ricos ocasión de enriquecerse con un tesoro de méritos en el cielo, se indigna al pensar que haya quien se atreva a despreciar la Pobreza, y dirigiéndose a los que la desdeñan, exclama: “Yo digo, oh ricos del

siglo! Que cometéis una falta muy grande, tratando a los pobres con un desprecio tan injurioso: estos son principalmente los verdaderos hijos de Dios. Él toma para sí las repulsas y ultrajes que sufren: Soy yo quién los vengará, exclama; tendré misericordia de los que tengan misericordia de ellos; seré despiadado con los que no tengan piedad de ellos.” Después, elevándose aún todavía más, y considerando que el hijo de Dios, tan rico por naturaleza, se hizo hombre por amor a nosotros, a fin de enriquecernos mostrando a los hombres este rey pobre, el cual, cuando vino al mundo, no encontró en él vestido más digno de Su grandeza que el de la Pobreza; este grande espíritu se entusiasma y llama a la Pobreza, *la Esposa del Rey de la Gloria*, la Reina que se ha escogido el Dios de Majestad, que ennoblece a todos los que la siguen; la mira como un carro de triunfo sobre el cual el Hijo de Dios lleva en pos de sí el mundo vencido en sus ideas y en su fausto, y acaba por exclamar: “Oh, pobres, ¡qué felices sois, porque a vosotros pertenece el reino de los cielos! Vosotros sois los hermanos, los confidentes, los primeros ministros del reino espiritual que el Salvador vino a establecer para sus verdaderos amigos. Si Él habla de los ricos es para aterrar su orgullo; pero a vosotros, sus buenos amigos, cuando os habla es con increíble consuelo del alma y para proclamaros *bienaventurados*.” ¿Quién no amaré la pobreza después de semejante elogio? ¿Quién no amaré a los que la practican? ¿Quién no querrá aprovechar sus humillaciones para recoger sus glorias? ¿Quién no querrá poseer esta joya oscura y desechada antes de la venida del Hijo de Dios; pero brillante y toda bella después que Él la recogió del lodo y se adornó con ella?

Nuestro seráfico Padre San Francisco había comprendido esta belleza y esta riqueza de la Pobreza, y en los transportes de su alma exclamaba: “Oh mi querida Pobreza, por vil que sea tu origen, yo no puedo menos que estimarte después que mi Maestro se ha desposado contigo.”

Esta exclamación debe salir principalmente del corazón de los hijos de este santo Patriarca, y si él fue el más ardiente, el más enajenado, y para decirlo con Bossuet, el amante más entusiasta de la Pobreza, ellos deben marchar a grandes trechos sobre sus huellas, e imitarlo en amar lo que él tan apasionadamente amó.

CAPITULO III

La virtud de la Pobreza es posible aun a los que viven en medio del mundo y a todas las clases y condiciones.

Sería un error creer que fuese imposible practicar la virtud de la Pobreza aun en la vida secular. Es verdad que esta virtud es más difícil en el mundo que en los claustros, en donde todo predica la mortificación de los sentidos y el desprendimiento de la tierra. Pero ¿no puede Dios ayudar con Su gracia a este fin? ¿No puede dar bastante energía a una alma para triunfar de los obstáculos

exteriores y realizar en el mundo los actos que no parecen posibles sino en la vida religiosa?

Puede uno encontrarse en medio de la hipótesis relativamente a la práctica de la Pobreza: o bien se poseen riquezas, o se ha recibido la mediocridad como patrimonio. Si uno es rico, ¿no se puede separar lo superfluo, dar limosna con liberalidad, amar a los pobres y su compañía, avenirse un poco con su modo de ser, limitar un tanto sus deseos en cuanto sea posible sin salir de su condición social? Si uno es pobre esto es más fácil: la virtud de la Pobreza consistirá en vivir contento con lo que se tiene, por amor de Dios y en unión de Jesús pobre, sin extender sus deseos más allá de lo que se posee. Y, ¿quién no dirá: bello mérito es el de contentarse con poco cuando no se posee nada? Los Apóstoles no tenían sino aquello que posee la mayor parte de las familias pobres, algunos instrumentos de la pesca, algunos muebles, tal vez una pobre habitación; y sin embargo, se atrevieron a decir al Señor: ved que todo lo hemos dejado por seguirte; ¿qué nos daréis por esto? El Hijo de Dios les respondió: “En verdad os digo, que si vosotros habéis dejado todas las cosas por seguirme, vosotros os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.” Los Apóstoles lo habían dejado todo, y habrían dejado su herencia si hubiesen sido más ricos; su corazón desprendido de todo, no estaba unido más que a Jesús y a su voluntad.

Vosotros podéis hablar como los Apóstoles: si vuestro corazón no está apegado a los bienes de esta vida, no tenéis nada, Jesús os quiere así: será dejarlo todo y seguirle, aceptar la parte que ha querido que tengáis y decir: “Oh mi Dios, vos habéis querido que yo no tenga nada; sí, yo lo quiero, pues esto es de vuestro beneplácito, y con tal que yo os posea, seré bastante rico.”

Oh! Cuán fácil es para quien ama al Salvador, contentarse con Él y decirle con la Iglesia: Por el amor de mi Salvador Jesús, a quien he visto, a quien he amado, a quien he querido.—desprecio todos los adornos del siglo y miro todo como lodo por adquirir y ganar a Jesucristo.

Cuando se ha llegado a comprender a Dios y Su amor, todo parece vil y fastidioso en esta vida miserable, y estos cuidados del cuerpo, estas mil frioleras de que los hombres carnales se forman necesidades son cargas muy pesadas, de las cuales se procura librarse: dadme un corazón enamorado, y él se apoderará de esto que decimos. En cuanto a aquel que no ama, si él encuentra estas cosas duras y penosas, es porque Dios no le basta; él tiene en su corazón otros afectos, pero no los de las cosas celestiales.

CAPITULO IV

Ventajas de la Pobreza

Practicando la Pobreza:

1.º Evitaréis bien los vicios; porque cuanto más se despoje el hombre menos dominio tiene el demonio sobre él; por qué? Porque entonces tiene allí menos dominios por donde el enemigo pueda atacarlo. Los atletas hacen señalar un

juez, se quitan los vestidos para combatir, a fin de que su adversario tenga dificultad para cogerlos.

Las grandes fortunas, dice San Cipriano, vienen a ser grandes tentaciones y grandes escollos; y Bossuet asegura, que todos los malos deseos nacen en el corazón que cree tener en el dinero los medios de satisfacerlos.

2.º Si sois pobres, la virtud os será más fácil; se llega con más seguridad a la virtud por la pobreza que por las riquezas, dice San Juan Crisóstomo, y Nuestro Señor Jesucristo, parece que no nos dice otra cosa sino que la Pobreza es una cédula de entrada al cielo, cuando asegura que “es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico al Reino de los Cielos.” El apego a las cosas perecederas es una cadena que retiene y hace más pesada el alma y le impide tomar su vuelo hacia Dios.

3.º En la Pobreza gozaréis de grande paz. Las riquezas, dice San Francisco de Sales, son verdaderas espinas; ellas proporcionan mil disgustos para adquirirlas, mil inquietudes para conservarlas, mil cuidados para gastarlas, y mayor pesar al perderlas.

Si entregándose a la providencia de Dios, no tenéis nada, colmaréis ese océano de deseo en el cual se sumerge el hombre ávido de poder y de gozar; vuestro corazón quedará en calma y siempre listo a inclinarse al menor soplo del Espíritu Santo; seréis felices teniendo todo lo que deseáis, puesto que limitáis vuestros deseos a lo que tenéis, y desdeñáis el resto como superfluo; porque, dice San Agustín, es feliz aquel que tiene todo lo que desea.

4.º El cielo está prometido y es debido a la Pobreza. San Bernardo observa sobre estas palabras: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”; que Nuestro Señor Jesucristo no dice como en las otras bienaventuranzas, que el reino de los cielos *será*, sino que es ya de ellos. Es para ellos puesto que lo han comprado y pagado con el renunciamiento de las cosas del mundo. Nuestro Señor lo ha prometido, y Él ha empeñado en esto Su Palabra: seamos, pues, pobres, y tendremos en cambio el cielo: tenemos por fiador la misma palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO V

Circunstancias de la vida en que podemos practicar la virtud de la Pobreza.

Entremos en las más pequeñas circunstancias.

Nada de lo que se hace para agradar a Dios es pequeño. A fin de colocar más en orden esta rápida exposición, examinaremos sucesivamente como podemos practicar la virtud de la Pobreza en nuestras casas, en nuestros vestidos, en nuestros alimentos, en nuestras palabras, en nuestros deseos y en nuestros pensamientos.

§. 1.º POBREZA EN LAS CASAS

¿Queréis practicar la Pobreza en vuestras casas? Haced de tiempo en tiempo una revista en vuestro cuarto para ver si nada hay superfluo. No dejéis allí nada inútil. Tomad el objeto que más llame vuestra atención, que más os guste contemplar, y alejándolo de vuestra vista, vuestro corazón se desprenderá de él y haréis un sacrificio muy agradable a Dios.

Si vuestra condición os obliga a tener muebles de adorno, de ostentación, sed muy moderados. Ved si no podéis disminuir nada.

¿Tenéis que elegir entre dos cuartos? Tomad el menos bonito, el menos cómodo, el menos adornado. etc.

¿Sois libres y no tenéis que sufrir las exigencias de la posición, ni seguir la voluntad de vuestros padres? Adornad vuestro cuarto con lo más sencillo que tengáis a vuestra disposición, en cuanto a la cama, asientos, sillas, cuadros, estatuas. Los religiosos no tienen sino lo estrictamente necesario: una silla, una cama, una mesa y su crucifijo; y en medio de ésa sencillez su corazón abunda en alegría. Nosotros también busquemos la sencillez de nuestros muebles. Evitemos, sobre todo, lo que puede ser demasiado confortable y el esmero por estar bien. Sepamos abstenernos bien de muchas cosas.

San Francisco de Sales era un modelo a este respecto, y su ejemplo nos enseña cómo es posible a una persona, aun a la de más alta categoría, practicar la Pobreza. Él se alojaba en Annecy en una casa muy bella y espaciosa que tenía para hospedarse. Su cuarto episcopal era muy bello, y se acomodaba muy bien en un cuarto pequeño, oscuro y muy poco agradable. Llamaba este cuarto, el cuarto de Francisco, y aquél en donde recibía las visitas, el cuarto del Obispo.

Si tenemos salud, acostémonos sobre una cama de paja, a ejemplo de los religiosos y de los pobres. Que nuestra cama indique una modesta sencillez.

Seamos reservados para la cantidad y calidad de los objetos de piedad: su demasiado esmero ocupa el corazón y distrae el espíritu.—So pretexto de devoción no tengáis estatuas de todo género, crucifijos, imágenes de todas advocaciones.

En invierno haced poco fuego, para asemejarte a los pobres.

En vuestra casa, como en visita, tomad para vosotros el asiento menos decente, el menos cómodo.

Yendo de viaje, por espíritu de pobreza, se coloca uno en los vagones de tercera clase.

No tengáis perro por antojo; dad a los pobres el alimento que gastéis en él, y a Dios el afecto que aquel ocupa en vuestro corazón.

Todo lo de vuestro uso que sea de gran sencillez.

No escuchéis los especiosos pretextos de conveniencia, de condición, que el demonio puede sugeriros. San Francisco de Sales era gentil hombre y Obispo, y sin embargo todo a su alrededor respiraba gran sencillez.

Si vuestra posición en el mundo os obliga a servir de cubiertos de plata, hacedlo; pero cuando estéis solos, seréis muy dichosos, si, por amor a la pobreza, usáis cubiertos de un metal más común.

En conclusión, os diré con un piadoso autor: que a los ángeles les agrada encontrar tres cosas en una habitación:—*la pobreza, el aseo y el recogimiento.*

Observad bien esto y encontraréis en vuestra casa el bien que en vano buscáis en otra parte

§. 2º. POBREZA EN LOS VESTIDOS

Practicareis el espíritu de pobreza en los vestidos, escogiendo lo que haya de más sencillo, tanto cuanto os lo permita vuestra condición.

No tendréis sino lo necesario, y no procuraréis tener vestidos de todos los colores, de todos los gustos y de toda estación.

No temáis mucho tener vestidos remendados; y si vuestras relaciones con la sociedad no os lo permiten convenientemente, imitad el rasgo siguiente: Una Señora de alta condición, y Tercera, obligada a satisfacer las exigencias de su posición, encontró, sin embargo, el medio de practicar la pobreza en sus vestidos interiores, llevándolos siempre remendados. Esta era la práctica de San Francisco de Sales. Este es un pequeño grado de pobreza que nadie ve, cuyos inconvenientes nosotros solos los soportamos, y que mantienen maravillosamente en nosotros el espíritu de pobreza.

No seréis semejantes a Jesucristo ni a San Francisco de Asís, si en lugar de vivir en las privaciones queréis tener todo a vuestro deseo, si contempláis vuestra carne, en vez de crucificarla.

“El estado de la Pobreza, dice la bienaventurada Margarita María Alacoque, es el carecer de comodidades en la vida; y los que voluntariamente escogen la pobreza por amor a Jesucristo, deben querer experimentar los inconvenientes de ella.”

¿Tenéis necesidad verdadera de un objeto? aguardad un día o dos para procurároslo y tendréis dos días más de méritos.

Que la tela, los botones y los broches sean sencillos y no según el gusto de la moda.

No busquemos un corte demasiado elegante o nuevo: Los pobres no se inquietan por las modas nuevas.

Si os veis junto a una persona elegante y ricamente vestida, no la vituperéis, sino decid interiormente a Dios, que vosotros estáis contentos con los vestidos que tenéis, y que le agradeceríais aunque estuviéseis cubiertos de harapos.

¿Queréis saber las dulzuras de la Pobreza? Besad con respeto, con amor, vuestro vestido *usado, raído, remendado*, protestando delante de Dios que sois felices siendo semejantes a los pobres.

Hay quienes usan de ataderos para ligas y no de caucho, de medias de lana en lugar de seda.

He aquí una práctica fácil. ¿No podréis vosotros hacer otro tanto?

Si alguna liga se rompe, por espíritu de pobreza hacedle un nudo.

Nuestro Señor no tenía sino sandalias sencillas; los pobres no tienen sino calzado ordinario; evitemos el calzado de lujo, demasiado elegante y distinguido. No digamos: “estos son demasiado pesados para el verano; estos no son bastante abrigados para el invierno. Ay! Aun así procuremos asemejarnos al pobre! No nos avergoncemos de llevar zapatos remendados.

No usar de jabón fino o perfumado o agua de olor para bañarse, es un aseo moderado como pobre. Que el precio sea empleado en alivio de los desgraciados.

Es, a la verdad, ser como los pobres, no llevar ni pañuelos de seda, ni abrigo, ni guantes, ni calzado acolchonado. Si se debe tener alguna de estas cosas, dejemos a la sencillez la elección.

¿Habéis hecho algún roto a vuestro vestido? Soportadlo con paciencia, hasta que una mano hábil lo haya hecho desaparecer.

No compréis nada antes de necesitarlo: ¿con la misma necesidad que tengo de este objeto, lo compraría un pobre?

Se ven religiosos que toman para uso lo que otros ya han despreciado. ¿En vuestra familia no podríais imitarlos en alguna cosa?...Examinad...

Se lee en la vida de los santos, de San Francisco en particular, que no tenía sino una túnica. En cuanto a nosotros, imitémosles desde luego. Evitemos la demasiada y grande delicadeza en la ropa, y no tengamos más que la necesaria. Reservemos alguna ropa un poco más tosca para servirnos de ella en secreto.

Que baste la tela para preservar de las intemperies del aire y de los rigores de la estación: es esto considere todo el fin del vestido.

“Si se me hacen regalos de vestidos de valor, dice San Agustín, los vendo y distribuyo el precio de ellos a los pobres; si ustedes desean que yo use los vestidos que me ofrecen, ofrézcanme de los que puedo ponerme sin ruborizarme.”

Tomemos la más firme y sincera resolución de practicar la virtud de la pobreza en nuestros vestidos, y combatiremos así este movimiento de vanidad que se introduce siempre en nuestros corazones cuando estamos bien vestidos.

La Pobreza es hermana de la Humildad.

§. 3.º POBREZA EN LOS ALIMENTOS

San Francisco de Asís hacia consistir sus delicias en comer el pan de la limosna y beber el agua pura de la fuente. (*Chalippe*, pág. 109).

En el mundo, por espíritu de pobreza, contentémonos con un alimento sencillo y común como el de los obreros.

Bebiendo el agua, recordemos que ésta es la bebida ordinaria del pobre, y este pensamiento avivará vuestra fe.

No busquéis alimentos caros o delicados: los pobres no los tienen semejantes.

¿Los alimentos están mal sazonados? El pobre voluntario se regocija y se dice que tales y aún menos buenos son los alimentos del pobre.

Nada de servicio lujoso, nada de platos costosos; no pongamos nuestra honra en ofrecer vinos finos; esto es dinero mal empleado: seamos sencillos y pobres en lo posible.

En la mesa, aquel que quiere practicar la pobreza, es feliz cuando tiene el cuchillo, el tenedor y los platos defectuosos. Se tiene de costumbre, cuando se da de comer al pobre, ofrecerle el plato que se ha dejado ya como despreciado.

¿Estáis en comunidad o en vuestra familia? Seguid el régimen ordinario: no reclaméis las atenciones finas; soportad con paciencia la privación de ciertas dulzuras; no mostréis delicadeza, ni hagáis exigencias, ni murmuréis jamás.

“Con tal que tengamos, dice San Pablo, los alimentos y los vestidos necesarios, debemos estar contentos.”(Filip. IV).

Cuando los pobres no tienen lo que vosotros tenéis os atrevéis a quejaros sin rubor.

No dejéis perder ni podrirse cosa alguna que os haya servido. Dios os ha dado el uso de estas cosas; vosotros no debéis abusar, y esto por respeto a aquellas palabras de Nuestro Señor: “Recoged los fragmentos a fin de que no se pierdan.” (San Juan, VI).

No vayáis sin embargo a creer, que el espíritu de pobreza sea la misma cosa que la economía. No, porque la economía tiene por objeto acumular, mientras que la virtud de la pobreza consiste en usar de las cosas como si no nos pertenecieran, con moderación y por amor de Jesucristo pobre.

§. 4.º POBREZA EN LOS DESEOS

Los deseos de las cosas terrenales son la liga de las alas espirituales; luego si queremos elevarnos a Dios, no dejemos que nuestro corazón se pegue a la tierra.

El pobre voluntario no tiene deseo de lo que ve; él sabe limitar sus deseos y contentarse con poco, “Yo tengo pocos deseos, decía San Francisco de Sales, pero si volviera a nacer no tendría ninguno.”

No deseéis que todo lo que sea para vuestro uso sea *regular, bien medido*: estad seguro que de so pretexto de *comodidad, de conveniencia*, hay en esto grande esmero de vosotros mismos, y que no estáis bastante desprendidos de estas mil pequeñas frioleras.

Tan pronto como una cosa comienza a alterarse, o que ha llegado a ser por el uso un poco incómoda, se le desprecia y se desea otra...Y la pobreza! Ella se mortifica...No se quiere esto o se le pone a un lado. ¿No reconocéis que es así?

Evitaréis para ser pobres de espíritu, hacer compras bajo la sugestión de deseos de vanidad, por amor de vuestras conveniencias. Si estos gastos son útiles, emplazadlos para depurar el motivo; mortificad vuestro deseos.

No dirijáis una mirada de codicia sobre todo lo que veáis. Sed también pobres de novedades; no deseéis saber lo que no os sea útil.

El pobre no desea un libro aun cuando contenga oraciones muy bellas, etc.; él no desea tal o tal objeto so pretexto de devoción; él vive de privaciones. Personas piadosas se forman con este motivo muchas ilusiones.

Aquel que tiene el espíritu de pobreza no desea salir de su condición, tener un empleo más elevado.

No deseéis tener más fortuna si tenéis poco; dad poco acordándoos que el dinerillo de la viuda es más estimado que la pieza de oro del rico.

¿Sois pobres? ¿Estáis en la indigencia? Estad contentos, dad gracias a Dios porque os ha dado lo que el mismo vino a buscar sobre la tierra. Sí, dad gracias a Dios; tenéis lo que todos los santos han deseado, el tesoro que sólo compra el cielo.

No deseéis tener gran número de amigos, de protectores; ¿Dios solo no os basta?

El pobre no desea con inquietud sus comodidades. El resiste el deseo de adornar sus cuartos, de rodearse de cosas que se proporcionan las personas ricas.

No busca pretexto para obtener una dispensa; no inventa mil nuevas necesidades.

Es bien rico el que está contento con su pobreza: es tener todo lo que se desea, porque nada desea.

§. 5.º POBREZA EN LAS PALABRAS

El pobre voluntario no se queja de que alguna cosa le falte, o de que se le rehúse, o de que se le quite.

El no hace sino oír quejas si la comida está mal preparada, o es poco abundante; si su vestido está usado; si su cuarto es oscuro o incómodo.

Los pobres no lo tienen todo a su deseo. Están reducidos a una mortificación de cada instante: el pobre voluntario es feliz en asemejarse a los pobres, al menos en algunas circunstancias.

¿Queréis practicar la pobreza? No habléis inútilmente de riquezas, de lujos, de adornos, etc. Tales conversaciones no denotan sino las disposiciones demasiado frecuentes del corazón, y crean en nosotros la sed del oro.

Hablad con respeto del pobre, del obrero, del criado. Mucho habría que decir sobre esta materia!

No digas que Fulano es dichoso: él es rico; él tiene todo lo que necesita: cuidado, el Salvador ha dicho: *“Bienaventurados los pobres.”*

San Francisco de Sales dijo un día: que él jamás había tenido carroza, ni modo de tenerla, y añadió: “Yo no me quejo de pobreza puesto que tengo lo suficiente para vivir honestamente y sin superfluidad; y aun cuando sintiera sus incomodidades no tendría razón de quejarme de una cosa que Jesucristo ha escogido por Su herencia durante todo el curso de su vida mortal, viviendo y muriendo entre los brazos de la pobreza.”

§. 6.º POBREZA EN NUESTRAS ACCIONES

Adquiriréis el espíritu de pobreza, si cada día tenéis cuidado de practicar algunos actos de esta virtud: así, no retengáis para vuestro uso objetos superfluos o muy exquisitos.

No hagáis ni ocasiones gastos inútiles.

Aceptad de buena gana y pedid los empleos más viles, aquellos que os pongan en relación con los pobres. es en este espíritu de pobreza que un dueño de casa asea su cuarto, prepara su ropa, limpia sus vestidos, aunque tenga quien lo haga, acordándose que los pobres hacen ellos mismos sus obras.

Partid vuestro pan con el pobre; no rehuséis jamás la limosna, si podéis; hacedla siempre con gran corazón. *Díos ama a aquel que da alegremente.* (Cor. IX).

Tened un gran cuidado de todo lo que es de vuestro uso, de lo que se os ha confiado, y no olvidéis *jamás* que en esto Dios es el primer maestro.

En fin, no perdáis vuestro tiempo: ocupaos siempre. ¿Cuántos hombres hay en el mundo, y cuántas mujeres, que languidecen, porque no saben que hacer de sus diez dedos! Amad, servid a los pobres.

§. 7.º POBREZA DE ESPIRITU

Todas las practicas que acabamos de indicar son buenas; sin embargo no son el fin sino solamente los medios para llegar a la pobreza de espíritu; porque es solamente a los pobres de espíritu que Nuestro Señor Jesucristo dijo: “El reino de los cielos es para ellos”

Siguiendo el consejo del Apóstol: “Los que usan de este mundo, sea como si no usasen de él.” (I Cor. VII, 31).

No liguéis vuestro corazón a nada de lo que hay sobre la tierra: recordad con frecuencia vuestro destino...todo aquello que no es digno de vosotros.

No suspiréis jamás por lo que habéis sacrificado: no os acuséis de haber sido demasiado generosos para con los pobres.

No os aficionéis a las cosas que son de vuestro uso: el pobre de espíritu se deshace de ellas y las entrega con placer.

No apeguéis vuestro corazón ni a un libro ni a una imagen, etc.

No debéis estar tan asido a la reputación, a la estimación; y si comprendéis mi pensamiento, debéis ver que la Pobreza es hermana de la Humildad; que estas dos virtudes se convienen entre sí maravillosamente.

No seáis sensibles a las menores privaciones; y si sois pobres, soportad no solamente con paciencia sino aun con amor vuestra condición; porque, sabedlo bien, la Pobreza no es una virtud sino el amor de la Pobreza.

Poned vuestra confianza en la Providencia, y no os inquietéis por el porvenir.

Cuando se os haga un regalo, levantad más alto vuestro corazón, aceptadlo como una limosna.

Si os llega a faltar lo necesario, estad resignados, regocijaos vosotros mismos; y me atreveré a decirlo: estad dispuestos a mendigar de puerta en puerta; si la voluntad de Dios así lo dispone.

“Aquel que se sirve de platos de plata, y hace tan poco caso de ellos como si fuesen de barro, es verdaderamente pobre de espíritu.” (*San Francisco de Sales*).

Nuestro Señor no mira si nuestras manos están llenas, sino si nuestro corazón está vacío. No tendréis, pues, cariño a nada, y no os adheriréis a nada. Haced a Jesucristo una vez por todas el sacrificio solemne pero interior de vuestra fortuna, de vuestra posición en el mundo, y no lo miréis sino como el administrador desinteresado de vuestro bien, y tened esta disposición hasta en las cosas más pequeñas.

He aquí a este propósito una práctica que yo me atrevería a aconsejar. Adoptándola entraréis perfectamente en el espíritu de la pobreza. *Constituíd (en espíritu) propietario de todo lo que poseéis un santo cualquiera*, vuestro patrón, por ejemplo; desde luego no lo miréis más que como su administrador, y no uséis de cada cosa sino según su espíritu, es decir, como la usara él mismo, como él deseara que vosotros la usarais, es decir, para vuestra santificación.

OTRA PEQUEÑA PRACICA

Para honrar a San José, que fue el proveedor de la Sacra Familia de Nazaret, aceptad todo lo que se os dé como venido de su mano, y agradecedle, si no por medio de una visita, al menos por medio de una aspiración del corazón: de la misma manera, cuando deis alguna cosa, lo haréis en nombre de San José.

Ved, ¡cuán ingenioso es el amor! Fieles servidores de San José, ¿esta flor no será de vuestro gusto?

CONCLUSION

Ved aquí, almas piadosas, la Pobreza que debe amar toda alma que aspira a la perfección y sin la cual serán inútiles los esfuerzos que se hagan; he aquí la Pobreza que aconseja la Regla de la Tercera Orden Franciscana.

Sólo el corazón que está desprendido de toda afeción terrena, vuela más ligero al seno de Dios y descansa en el sin turbación. Confesémoslo; si nosotros languidecemos en el camino de la perfección, y si nuestros progresos son lentos, es porque conservamos en nuestro corazón algún apego a las criaturas, a la tierra. ¡El alma, dice San Juan de la Cruz, ligada con algún afecto a un objeto cualquiera, por pequeño que sea, aun cuando tuviera por otra parte muchas virtudes, jamás llegaría a la unión perfecta con Dios; porque importa poco que el ave esté atada con un hilo fuerte o débil, puesto que por débil que sea, el ave estará siempre atada, y hasta que no lo rompa jamás podrá volar.”

Poned manos a la obra; desprended vuestro corazón y tomad vuelo libre hacia Dios. Es fácil, muy fácil ser pobre aún en el mundo. Comenzad desde luego por arreglar vuestras palabras, después vuestros deseos, y bien pronto gozaréis de tanto consuelo y alivio, que querréis despojaros de toda comodidad.

Para llegar a este desprendimiento:

- 1.º Honrad en los pobres la santa Pobreza de Nuestro Señor.
- 2.º Tened una devoción particular a la vida de Jesús nacido en el pesebre y muerto en la Cruz;

3.º Pedid todos los días a Dios con ferviente oración es espíritu de desprendimiento, de Pobreza; y para recordaros las mil ocasiones que tendréis cada día de practicar estas virtud, leed este pequeño opúsculo, de tiempo en tiempo; será vuestra lectura espiritual durante el retiro y la materia de *vuestro exímen particular*.

APENDICE

A LAS ALMAS GENEROSAS

Para satisfacer a las preguntas que se nos han hecho de indicar cómo se puede hacer el *Voto de Pobreza* en el mundo, damos aquí algunas ideas, por las cuales podrán guiarse:

1.º Una persona del mundo puede hacer el voto de no llevar ni trajes de seda, ni encajes, ni cadenas de oro o de plata;

2.º Ella puede hacer el voto de usar vestidos de color oscuro, como lo hacen los pobres y las viudas. Que no pasen de tal precio; que no tengan sino tal calidad.

3.º Se puede hacer voto de no gastar más de tres francos (seis reales), diez francos (veinte reales), veinte o cien francos, según su condición, sin que para esto tenga que pedir permiso a su Director.

NOTA.—Cuando se hace voto de pobreza en el mundo, es muy importante determinar de una manera positiva la materia del voto; si esto no se hiciere, será ilusorio e imposible.

En el mundo, la extensión del voto y la gravedad dependen de la voluntad del que lo hace. Pero debemos decir que se debe llevar más allá del voto la virtud de la Pobreza. Sería ridículo hacer voto de Pobreza sobre un objeto y contentarse con eso, sin tener el espíritu de pobreza en alguna otras cosas.

GRADOS DE POBREZA

Según San Buenaventura

I.—Es un grado alto de pobreza y una de las ocho Bienaventuranzas abandonar los bienes de la tierra. Y es más elevado renunciar a los amigos según el mundo y a los amigos según el espíritu. Y es muy elevado renunciarse a sí mismo, es decir, su juicio propio, su amor propio, su voluntad propia. Jesucristo pasó por todos estos grados; porque Él renunció a sí mismo, abandonó a los Suyos y todo lo que poseía.

†

II.—Es también un alto grado de pobreza no trabajar por las cosas pasajeras y no inquietarse por ellas. Es aún más elevado no desearlas; y es muy elevado rechazarlas cuando nos son ofrecidas. Era en el segundo grado que estaba el Apóstol cuando decía: “Yo no he deseado ni oro, ni plata, ni vestidos de ninguno de vosotros.” (Act. 20). Y el Profeta Daniel se encontraba en el último cuando despreció los presentes de Baltazar (Dan., 5); porque la Escritura reprende a aquel que da y a aquel que recibe presentes.

†

III.—También es un grado elevado de pobreza no querer tener morada segura, a ejemplo de Jesucristo, que no encontró lugar en una posada (S. Luc. 2). Es más elevado no querer asegurarse los alimentos y los vestidos en tiempo de salud. Pero es muy elevado querer permanecer en la misma incertidumbre en tiempo de enfermedad. Es en este último grado estuvo Jesucristo, porque Él no tuvo donde reclinar Su cabeza y le faltó un vaso de agua, un vestido, y finalmente fue extendido sobre la Cruz.

†

IV.—Se ha llegado a un grado muy grande de esta virtud cuando la ha escogido a fin de escapar de las solicitudes de la vida. Está en un grado más alto el que ha hecho de ella su herencia para enriquecerse de virtudes y dones espirituales. Y en un grado muy elevado el que trabaja a fin de que el día en que aparezca delante de Jesucristo para ser juzgado, Dios sea glorificado en él.

†

V.—En fin, aquel está en un grado elevado de pobreza, el que no tiene nada propio en particular, como muchos religiosos; en un grado más elevado el que nada tiene propio en común por un año entero o por tiempo más largo, como un pequeño número de religiosos; y en grado muy elevado el que nada tiene propio en comunidad, ni para una semana, ni para un día, como los religiosos menores.

PENSAMIENTOS

Ofrecido a los ricos y a los pobres.

La Pobreza en sí nada tiene loable; lo que yo alabo es la Pobreza aceptada, buscada, querida, deseada por el amor de Jesucristo crucificado. (SAN PEDRO DE ALCANTARA.—*Carta a Santa Teresa*.)

†

“Los bienes exteriores vienen de Dios, empleados con sabiduría aseguran la familia y el Estado, afianzan la prosperidad y la fuerza de los imperios. Entre los pueblos cristianos, las riquezas son cristianas; la Cruz, marcándoles el sello de la caridad, les ha impreso el más sublime de los caracteres. La riqueza en sí, es, pues, un bien; pro por el abuso, este bien puede llegar a ser la fuente de un diluvio de males; y del uso al abuso no hay más que un paso.” (*Vida de San Pedro de Alcántara*).

†

“El sentimiento de la avaricia ha sido dado al hombre para hacerle deseoso de un gran mérito delante de Dios, deseo de grandes virtudes y de una multitud de buenas obras; pero este sentimiento ha descendido hasta el deseo de las cosas temporales, al deseo de la plata, de los viene y de otros objetos cualesquiera, como si el hombre debiera siempre vivir. (*San Buenaventura*).

†

El rico no está seguro de nadie: ni de los extraños, ni de sus parientes.” (*San Buenaventura*).

“Se emplea largo tiempo en amontonar riquezas, y se pierden en un instante. Multiplicándolas no disminuyes la sed del hombre; por el contrario, la

aumentan, como sucede con el hidrópico a quién se le saca el agua.” (*San Buenaventura*).

†

“Las riquezas son una pena antes de tenerlas; su posesión también es una pena.” (*San Buenaventura*).

“No deseéis tener ningún bien por la violencia; y si tenéis muchas riquezas, guardaos de poner mucho vuestro corazón en ellas.” (Salmo 62)

†

“No os inquietéis diciendo: ¿qué comeremos o que beberemos, o con qué nos vestiremos? Esto es de los paganos que buscan todas las cosas; porque vuestro Padre Celestial sabe de qué tenéis necesidad. Buscad primero el reino de dios y Su Justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.” (San Mateo VI.)

†

Arrojando lejos de sí la avaricia por causa de Dios, es menester aguardar de Dios una de tres cosas: o bien Él procurará al hombre aquello de que tiene necesidad, o le dará en medio de la mortificación y de las privaciones tanta fuerza, cuanta habría encontrado en la abundancia, y esto es para el hombre una fuente de alegría más viva; o, en fin, lo que Él disminuye al cuerpo le hará encontrar al alma en los suelos con que la colmará.

†

Debemos usar con moderación de las cosas de este mundo, poseerlas y desearlas de la misma manera.

†

Todos los bienes terrenales son extraños para nosotros, nada tienen de común con nuestra naturaleza. Ellos no están largo tiempo con nosotros, y parece que solamente nos son prestados.

†

Si tenemos que sufrir en nuestro corazón por falta de alguna cosa pongamos a Dios en su lugar, Él lo llenará todo.

†

El amor a las riquezas nos aleja de dios y del deseo de la Patria Celestial, según estas palabras: *Nadie puede servir a dos señores, a Dios y a las riquezas.* (San Mat., VI).

†

Las riquezas se sacan de las entrañas de la tierra, y por su peso nos atraen a lo que hay de más bajo en este mundo.

†

“Los que quieren ser ricos caen en la tentación e en los lazos del demonio, y en diversos deseos inútiles y perniciosos, que precipitarán a los hombres en la muerte y en la perdición.” (Tim., VI).

†

Muchas veces hacéis más méritos en soportar una pérdida que en distribuir vuestros bienes a los pobres; porque la propia voluntad no tiene parte en aquello.

†

Un hombre cargado de una pesada carga no podría correr bien ligero. Así las riquezas retardan nuestros progresos en la virtud.

†

“Buscar las riquezas para hacer de ellas un uso perverso, para consagrarlas a las vanidades, a los placeres sensuales, es una impiedad. Solicitarlas con ardor para tenerlas acumuladas en su casa, es una locura.” (*San Buenaventura*).

†

El hombre se separa tanto más del amor divino, cuanto más busca su felicidad acá abajo. Al contrario, cuanto más desprecia él los objetos terrenales, más se aproxima a Dios. (*Sacados de San Buenaventura*).

TODOS POR JESÚS

Todas mis acciones se harán por Jesús
Si velo, mis ojos no verán más que a Jesús,
En mis sueños no tendré más objeto que Jesús,
Mi libro y mí doctos lo encuentro en Jesús.

Cuando escriba, mi mano tendrá por guía a Jesús.
Y Jesús escribirá el bello nombre de Jesús.
Sea que camine o no, siempre estoy con Jesús.
Cuando quiera orar, será con Jesús.
Todos mis descansos serán en Jesús.
En el hambre y en la sed viviré de Jesús.
En mis enfermedades y en mis penas tomaré por modelo a Jesús.
Mi remedio será el amor de Jesús.
Cuando espire, moriré en Jesús.
Mi última palabra será del dulcísimo nombre de Jesús.
Mi última mirada será dirigida a Jesús.
Para cerrar mis ojos no quiero sino a Jesús.
No quiero otra tumba sino el corazón de Jesús.
Mi epitafio será: “! Yo reposo en Jesús!”

CUARTO TRATADO

VIRTUDES FUNDAMENTALES EN PRÁCTICA

LA MORTIFICACION



PRACTICA DE LA MORTIFICACION

EN TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA

OPUSCULO DEDICADO A TODOS LOS CRISTIANOS DEL SIGLO XIX.

Las palabras *penitencia*, *mortificación*, hacen estremecer nuestra naturaleza delicada.—La Mortificación nos parece una virtud de supererogación, una virtud practicada o practicable solamente en los claustros, o también una virtud, que ya no es de *moda*. Cuando se nos habla de penitencias, creemos ver delante de nosotros los héroes de la soledad que se flagelan los lomos con sangrientas disciplinas, y dejamos escapar estas palabras: *Dios no lo manda. Se puede trabajar por la salud espiritual sin esto. Esto es imposible, y tal vez esta es una locura.*

He aquí lo que nosotros decimos, y porque no comprendemos la mortificación no hacemos nada, o más bien hacemos mucho, sufriendo mucho; pero como no dirigimos nuestra intención, todo lo que hacemos para nada sirve. Una cosa me ha llamado siempre la atención: se admira la vida llena de méritos del religioso Franciscano, de la hija de Santa Clara, del religioso de la Trapa, de la Carmelita, porque su vida es una vida de mortificación. Pero ¿cuántas personas en el mundo se ven estrechadas por su condición o negocios con una vida en extremo mortificada? ¡Ay! Ellas no saben aprovecharse de esto, ni ofrecerlo a Dios; y ved aquí por qué esta vida, tan penosa en sí misma, no tiene mérito alguno para el cielo. ¡Cuántas pérdidas!

De hoy en adelante aprendemos a ser más sabios; sepamos aprovechar para comprar el cielo, las joyas preciosas que nos encontramos a cada paso en la carrera de la vida, y para esto, estudiemos con cuidado muchas cuestiones de alta importancia para todo cristiano.

1.^a En que consiste la Mortificación.

2.^a Posibilidad y facilidad de la Mortificación en el mundo.

3.^a La necesidad de la Mortificación.

4.^a Las ventajas de la Mortificación.

5.^a Las circunstancias de la vida en las cuales se puede practicar la Mortificación.

Leed, queridos lectores, leed atentamente, y veréis bien pronto, que la *Mortificación es una virtud accesible* y fácil a todas las edades y a todas las condiciones.

CAPITULO I

En que consiste la Mortificación

La carne, las pasiones, los sentidos, dice La Luzerne, son sujetos indóciles, dispuestos siempre a revelarse y que no se les puede contener sino sometiéndolos a un régimen firme y severo. En rehusar lo que ellos nos exigen, es en lo que consiste la Mortificación.

La Mortificación consiste en renunciarnos a nosotros mismos y llevar nuestra cruz. “La Mortificación, dice el Padre Saint-Juri, es una repulsa continua de la naturaleza corrompida, una resistencia habitual a sus movimientos, una cruz en donde todos los miembros del cuerpo están clavados para no moverse sino según el espíritu de Nuestro Señor Crucificado, un despojo de las costumbres del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo.

Por la mortificación se desocupa uno de sí mismo, para llenarse de Dios; o se abstrae de sí mismo para vivir en Dios y por Dios. Mortificar ojos, oídos, lengua, manos, entendimiento, voluntad, es apartar sus facultades de la inclinación que naturalmente han tendido al mal, y no servirse de ellos sino según la voluntad de Dios.

Más tarde diremos que hay dos especies de mortificaciones: la interior y la otra exterior.

La Mortificación es *activa o pasiva*, según que se hace morir o que dejas morir.

Cuando es activa, la Mortificación es la virtud que modera, sujeta, reprime, guarda, corta y corrige la naturaleza, cada vez que quiere apartarse del camino recto; es la virtud valerosa que busca el vicio hasta en sus raíces a fin de destruirlo enteramente, de mortificarlos (hacerle morir).

Cuando es *pasiva*, La Mortificación es la virtud que nos hace soportar, llevar con paciencia, aceptar el abatimiento, la muerte, las pruebas que nos vienen, o que son consecuencia de nuestra condición o de nuestras circunstancias.

La Mortificación activa es una lucha, un combate, no se contenta con defenderse de los asaltos de la carne y del mundo, es también agresora, ataca las pasiones, y *desprecia los placeres* de esta vida. Es así como renuncia y lleva su cruz, siguiendo a Jesucristo.

La Mortificación *pasiva* nos viene a toda hora, no depende de nosotros; debemos, sin embargo, hacer de la necesidad virtud, a fin de que si nos vemos obligados a sufrir las enfermedades, el trabajo, las tentaciones, las penas del espíritu, al menos saquemos de ellas algún fruto.

Retengamos bien esto: La Mortificación, sea *activa*, sea *pasiva*, para llegar a ser meritoria debe estar unida a los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo que tuvo a bien sufrir, y hacer *morir* en Él, aunque inocente, nuestro pecado que se encargó de expiar.

En el estado de inocencia, la carne obedecía al espíritu, la sensualidad a la razón, y todo a Dios. Había la armonía y la inteligencia más perfectas. “Nuestra alma, según San Ambrosio, era un verdadero paraíso de delicias (*De Paraíso*, C.XI), y mandaba como señora todas sus pasiones, las cuales dependían enteramente de su voluntad, para su nacimiento, su duración y su fuerza. Pero después del pecado, la carne se reveló contra el espíritu, y de allí resultó en todas nuestras facultades un verdadero desorden. Luego la Mortificación consiste en restablecer el orden, la armonía; consiste en hacer el alma independiente de los apetitos desarreglados del cuerpo, y hacerle tomar de nuevo toda autoridad.

Ved aquí lo que es la Mortificación, y yo digo, que es posible y más fácil de lo que se cree.

CAPITULO II

La posibilidad y facilidad de la Mortificación en el mundo.

La Mortificación es muy posible en el mundo, y tanto más fácil, cuanto que se encuentran numerosas ocasiones: muchas veces está obligado a vivir con personas cuyos caracteres son difíciles, a experimentar mil necesidades, a tratar negocios enojosos y sumamente penosos, soportar con buena o mala voluntad la contradicción, la maledicencia, la injusticia. En el mundo, la hora de levantarse es algunas veces adelantada, la de acostarse, muchas veces tarde

para entregarse a las ocupaciones, muchas veces tarde para entregarse a las ocupaciones; las comidas no están arregladas, las enfermedades vienen una tras otra a ejercitar nuestra paciencia; no se está al abierto del frío ni del calor. Cuántos placeres, por otra parte muy legítimos, pasan delante de vosotros sin que podáis disfrutarlos; porque el tiempo, la edad, la salud, la fortuna misma no os lo permiten. Y para gozar de un placer, ¿qué violencia no tenéis que haceros? ¿Qué cosa es todo esto? ¿No son sufrimientos, penitencias, mortificaciones inevitables? Pero para hacerlas meritorias debéis ofrecerlas a Dios, y este ofrecimiento basta hacerlo interiormente todas las mañanas, por ejemplo, a la hora de levantaros. Si por un placer carnal, sabéis haceros violencia, ¿no podéis hacer nada por un placer más puro, más durable, placer, dicha que da al alma la práctica de la virtud? Podéis, pues, aún en el mundo practicar la Mortificación, y esta Mortificación *pasiva* que encontráis en el mundo os será tanto más meritoria cuanto que es menos de vuestro agrado y no es la elección de vuestra propia voluntad.

También es posible la Mortificación *activa* en todas las condiciones. Acercad vuestros labios al cáliz amargo; comenzad a mortificaros en las cosas pequeñas, y no tendréis sino el trabajo que os cueste el primer paso: tras la amargura sentiréis un gozo tal, un valor tan grande, que estaréis deseosos de hacer más. Decid con San Agustín: “¿No podré lo que otros han podido antes que yo?” Otros se han espantado de la Mortificación, como vosotros, y han llegado a vencerse; vosotros podéis imitarlos. “Nuestro Señor, dice un Anacoreta, dulcifica en los que se mortifican todas las cruces de la penitencia y de la Mortificación por la acción espiritual de su gracia.”

Por lo demás, contad más con los socorros de Dios que con vosotros mismos: dad a Dios, y Él volverá todo a un corazón desde que lo posee; quita una cierta inflexibilidad en la voluntad; enerva los deseos, entibia las pasiones y desprende al hombre no solamente de los objetos exteriores, sino también se sí mismo; lo vuelve manso, amable, sencillo, humilde, pronto a querer y a no querer, según su voluntad.

Nuestro Señor ha dicho: “*Si no hacéis penitencia, todos igualmente pereceréis.*” No ha puesto, pues, excepción a las gentes del mundo. Pero si la Mortificación no les fuera posible, no habría para qué establecer un orden general.

Podemos mortificarnos en el mundo. La historia de los Santos de todo rango nos los hace ver ingeniosos para mortificarse, los unos de un modo, los otros de otro; y alrededor nuestro conocemos algunas personas, cuya condición es en todo semejante a la nuestra y que saben maravillosamente moderar sus pasiones y reprimir lo malo de la naturaleza. Es así que sabéis este aforismo: *del hecho a lo posible, la consecuencia es justa*. Ellas se mortifican aunque viven en el mundo, luego vosotros podéis hacer lo mismo.

En efecto, os mortificáis en tal o cual circunstancia, ¿por qué no hacéis otro tanto por Dios? Y ¿por qué no aplicáis a purificar vuestra intención?

Sí, volvámoslo a decir: *La Mortificación es posible en el mundo.*

La Mortificación es posible y fácil aún en el mundo, para aquel que sabe aprovechar las pruebas, las penas inevitables en muchas circunstancias.

Se ha dicho a todos los hombres sin excepción: *haced penitencia*. No olvidemos que esta penitencia está a nuestro alcance, y se hace fácil a los hombres de buena voluntad.

CAPITULO III

La necesidad de la Mortificación

1.º La mortificación es necesaria para combatir la concupiscencia que hay en nosotros. Desde que por el pecado original nuestra razón se reveló contra Dios, nuestra naturaleza se reveló contra nuestra razón, de suerte que a pesar nuestro, y contra el consentimiento de nuestra voluntad, se levantan en nosotros, algunas veces, movimientos y afecciones que condenamos.

Podemos decir con el Apóstol: *Siento en los miembros de mi cuerpo una ley que combate contra la ley de mi espíritu*. (Rom., VII). La concupiscencia quiere usurpar los derechos de nuestra razón, y hacerla esclava para hacernos consentir en pecado; luego es por la Mortificación sola que calmaremos todas estas rebeldías y que tendremos paz.

2.º Es necesaria para nuestro adelanto espiritual. “Tanto más aprovecharéis, dice la *Imitación*, cuanto más violencia hagáis. En efecto, el desarreglo de nuestro apetito y la perversidad de nuestras malas inclinaciones, nos impide avanzar en la virtud, porque, según Santiago, las guerras y las contradicciones que sentimos en nosotros, vienen de nuestras pasiones que combaten en nuestros miembros. Luego sólo la Mortificación y el renunciamiento hacen desaparecer este obstáculo. He aquí por qué la Mortificación, tan contraria a la naturaleza, ha sido, sin embargo, la arena en donde siempre se han ejercitado a porfía los santos de los tiempos. Ellos se han mortificado en todas las cosas y se han animado con una santa cólera contra ellos mismos. Ved aquí de qué manera han llegado a ser santos.

3.º No hay más que dos caminos para ir al cielo: la inocencia conservada, o la inocencia reparada por la penitencia. Ahora bien; ¿cuál de entre nosotros se atrevería a lisonjearse de haber conservado su inocencia bautismal? ¿No tenemos muchos defectos, muchas negligencias que reparar? Hagamos, pues, penitencia; porque Nuestro Señor dice: “a menos que no hagáis penitencia, todos igualmente pereceréis.”

4.º Aun suponiendo que seamos inocentes, que poseamos la amistad de Dios; ¡cuántas ocasiones de caídas, a las cuales estamos expuestos y contra las cuales debemos estar siempre en guardia! Cualquiera que sea nuestra edad, el estado de salud en que nos encontremos, y nuestra condición, somos llevados

sin cesar a satisfacernos, sin considerar si esta satisfacción agrada o desagrada a Dios, si es o no perjudicial a nuestra salud. Luego la Mortificación preserva del pecado, aleja de la tentación. Así como es desgraciado aquel que no se mortifica, se puede decir que tiene ya el pie sobre un precipicio espantoso.

5.º En fin; si pertenecemos a la Tercera Orden de San Francisco, que es la Orden de la Penitencia y de la Mortificación, debemos practicar la Mortificación y la penitencia porque son las virtudes de la Orden que hemos abrazado. Hay quienes se contentan con rezar algunas oraciones para reemplazar el ayuno, apoyándose en una conmutación arrancada a la indulgencia de un director: aquello no es suficiente. Diremos con un piadoso autor, si queremos seguir el espíritu de nuestra Orden. La penitencia debe alcanzar al cuerpo y al alma; sin hacer el menor perjuicio a su salud, se puede imponer alguna privación más o menos penosa. Si queréis ser verdaderos hijos de San Francisco, debéis mortificaros.

CAPITULO IV

Ventajas de la Mortificación

1.º La Mortificación nos ayuda a expiar nuestros pecados; es, con el Sacramento de la Penitencia, una segunda tabla después del naufragio; es el remedio de los desgraciados. En efecto, los Ninivitas hacen penitencia, se perdonan sus crímenes y su ciudad se salva. Margarita de Cortona, ilustre penitente franciscana, poco antes objeto de horror para el cielo, bien pronto llegó a ser la íntima confidente de Jesús.

2.º “La Mortificación es un árbol de salud, dice San Efrén, cuyas ramas se cubren de frutos preciosos que hacen volver los muertos a la vida.”

3.º Aumenta en nosotros la amistad de Dios. El camino de la Cruz es el camino de la salud, y esto es lo que claramente se nos explica por estas palabras: “Trataos vosotros sin misericordia, y yo os trataré con misericordia.” El hijo pródigo hace penitencia, y es restablecido a su primer estado.

4.º La Mortificación nos libra del yugo de nuestras pasiones, que entonces reinan en nosotros como señoras absolutas, nos da la verdadera libertad, gozamos de grande paz bañada y renovada por el contento de la buena conciencia.

Por el contrario, sin la Mortificación, somos verdaderos esclavos de nosotros mismos. Cuanto más nos ponemos de acuerdo con nuestro cuerpo, más nos empeñamos en contentarlo, y él más nos exige. Permitid a vuestros ojos ver hoy un objeto agradable, mañana será más importuno: convenid hoy con la naturaleza, mañana será más exigente. ¿No habéis tenido de esto la triste experiencia? Mortificaos, pues, y tendréis la santa libertad de los hijos de Dios.

5.º La Mortificación da también de un cuerpo y de una alma: el uno y la otra han pecado; uno y otra tienen sus malas inclinaciones; necesario es, pues, mortificar, castigar, penar el cuerpo y el alma, purificarlos y poner un freno a sus tendencias.

De aquí dos especies de Mortificaciones: la mortificación espiritual e *interior* que mira al alma; la Mortificación *corporal* y *exterior*, que mira al cuerpo, y como hay muchas facultades en el alma, y muchos sentidos en el cuerpo, y como hay muchas facultades en el alma, y muchos sentidos en el cuerpo, es a propósito, para mayor claridad, dividir también la Mortificación en otras tantas especies como facultades hay en el alma y sentidos en el cuerpo. Trataremos cada una en particular. Hablaremos desde luego de las mortificaciones interiores; después de las mortificaciones exteriores.

§. 1.º— MORTIFICACIONES INTERIORES

“En tratándose de mortificaciones, dice San Francisco de Sales, las interiores son incomparablemente más excelentes que las exteriores, y de ningún modo están sujetas como estas a la hipocresía, a la vanidad, a la indiscreción. En efecto, La Mortificación y las austeridades corporales no son más que la corteza de la virtud; es la Mortificación interior el meollo de la virtud. De aquí podemos comprender toda la importancia de la mortificación interior.

La Mortificación interior consiste en vencer nuestras pasiones y dirigir santamente los movimientos de nuestra alma, a mantener nuestras facultades en el camino del deber, a reprimir la impetuosidad de nuestras inclinaciones naturales y a perder todos nuestros malos hábitos.

Para esto, debemos observar el espíritu, el juicio, la imaginación, los deseos, la voluntad y las pasiones del corazón.

1.º *El Espíritu*

Mortificar vuestro espíritu renunciando los vanos pensamientos que lisonjean vuestro amor propio, o que alimentan las pasiones; renunciar los pensamientos inútiles, es cerrar la puerta a los malos pensamientos. Se os hacen muchos cumplimientos, se alaba vuestro talento en vuestro trabajo, tendríais gran deseo de alimentaros con estas adulaciones; los pensamientos vienen en tropel, ocupan horas enteras, no los escuchéis, apartad vuestro espíritu.

¿Os vienen al espíritu una *suposición*, un *proyecto quimérico*; fabricáis castillos en el aire?—desterrad este pensamiento que absorbería enteramente vuestro tiempo y os llevaría demasiado lejos y haría perder la calma del alma.

Si se habla de un objeto que excite vuestra curiosidad, no procuréis verlo. No preguntéis para saber, por curiosidad. No pongáis el oído con mucha atención.

No paséis el tiempo en requerimientos inútiles, ni en lecturas frívolas. Aquel que sabe limitar sus pensamientos, llega a ser un espíritu serio.

Alejad de vuestro espíritu todo mal pensamiento, o simplemente vano. Acordémonos de nuestra dignidad, puesto que nuestro espíritu es noble y elevado; mortifiquémosle cada vez que se entretenga en cosas viles y abyectas.

2.º *El Juicio*

El juicio no es una cosa común, antes bien es un don precioso. Para formarlo y desarrollarlo, seguid los consejos siguientes:

Desde el momento que veáis o entendáis alguna cosa, no forjéis una opinión sobre las más pequeñas apariencias, mortificad vuestro juicio. Deliberad, pensad, informaos antes de sostener un juicio. Proceded siempre con madurez.

Pero no procuréis gamas censurar ni examinar lo que no os toca.

No juzguéis con precipitación, pero tampoco seáis demasiado lentos en formar un juicio. No tengáis una atención inquieta, un exceso de prudencia que os turbe o que os sofoque. ¿No os ha sucedido preguntar en medio de algún negocio, de alguna conversación: “¿En dónde estoy? ¿de qué modo he venido a dar aquí? ¿Qué es lo que yo he querido decir?” Todo aquello, confesadlo, es por falta de reflexión. Moderad, pues, vuestro juicio.

“*Hijo mío*, dice el Eclesiástico, *no hagas nada sin consejo, y no tendrás que arrepentirte después de la acción.*” (XXXIV, 24). En efecto, seamos circunspectos, y casi en ninguna cosa nos engañaremos.

No sostengáis con terquedad vuestra opinión. Debéis, con una santa desconfianza de vosotros mismos, renunciar a vuestras propias luces y vuestro propio juicio para someteros a la voluntad de los otros.

No seáis como las personas llenas de sí mismas que todo lo quieren juzgar, todo lo quieren criticar; juzgad severamente vuestras propias acciones.

Antes de hacer alguna cosa, consultad, y sabed entregaros al consejo que se os da.

No abracéis vuestro parecer, ni idolatréis vuestras opiniones, ni las sostengáis apasionadamente.

Cuando sepáis que otra persona piensa o hace de otra manera que vosotros, examinad con cuidado y sin prevención sus razones, y considerad si vosotros estáis en posición de la verdad.

En una discusión podéis exponer vuestras razones con fuerza y modestia; pero aun cuando la razón y el derecho estén de vuestra parte, sabed convenir dulcemente con la opinión de los otros, siempre que pueda hacerse esto sin pecado.

En fin, para mortificar vuestro juicio, no andéis zahiriendo a otros, ni con puntillos de vanidad en todo.

3.º LA IMAGINACIÓN

Escuchad esto: “Mortificad vuestra imaginación: ella os hace atribuir a los hombres y a Dios lo que jamás han.” (*Fenelon*).

No escuchéis vuestra imaginación, demasiado viva y fecunda en ofrecimientos o promesas. Esta actividad prodigiosa consume vuestro cuerpo y desea vuestro interior. Os devora inútilmente.

No dejéis extraviar vuestra imaginación; encadenadla en seguida. San Francisco de Sales la llama la *loca de casa*, y tiene razón. Y tiene razón.

Vuestra imaginación vuela, os da una muchedumbre de distracciones, os impide aplicar vuestro espíritu a las cosas de Dios: ponedle, pues, un freno.

Ella se alimenta con la perspectiva de un brillante porvenir, deshoja bajo vuestros pétalos de rosas. Ay! Ella os entretiene con ilusiones, sujetadla y os hará sufrir menos, si no sucede todo según vuestras previsiones.

La imaginación es engañosa y jamás dice la verdad. También sabe pintar todo de negro. Si se os hace una injuria, una injusticia, ella os dice que el mal es irreparable, que todo está perdido, que la reconciliación es imposible. Calmaos, no turbéis vuestro sueño; bien pronto veréis que el mal no vale tanto la pena.

Si experimentáis sufrimientos graves, la pérdida de un padre, hermano, pariente o amigo, yo no condeno vuestras lágrimas, pero sabed contener vuestro dolor en los límites de la resignación cristiana, que cree y espera, Dios también está con vosotros, y Él os basta.

Reprimid vuestra imaginación que os hace obrar con precipitación, y no tendréis que deplorar una palabra un poco inconsiderada como os acontece algunas veces.

Mortificad vuestra imaginación; de otro modo no seréis juzgados sino por lo que hacéis.

Ella da la vuelta al mundo antes que nosotros nos hayamos apercebido: ponedle freno; velad sobre vuestros sentidos exteriores. De aquí resulta un gran número de extravagancias y de ideas *imposibles*.

4.º *LOS DESEOS*

Cuando la imaginación nos representa un objeto, nos inclinamos a amarlo, a desearlo, o a odiarlo y alejarlo de nosotros: de aquí nacen dos sentimientos que causan mortificación.

DESEOS.—No deseéis otra cosa que a Dios, ni os proporcionéis más prenda en todo aquello que no es concerniente a vuestra profesión.

Moderad el deseo que tenéis de saber aún las cosas necesarias. El hombre forma deseos para ser feliz, y sus deseos forman en parte su desgracia.

La pena nace del deseo. ¿Queréis alejar de vosotros la fuente de mil turbaciones y de mis inquietudes? ¿Queréis tener una paz admirable? Mortificad vuestros deseos.

Cortad, sobre todos, los vanos e inútiles deseos y creed que tendréis muchos de ellos.

Nada deseéis cosa alguna sino con moderación. “Los deseos inútiles, dice San Gregorio, echan a perder el perfume de la devoción.”

REPUGNANCIAS.—Mortifiquemos también nuestras repugnancias, nuestros disgustos, nuestras antipatías, nuestros temores. La naturaleza se impresiona, se aleja o se subleva; obliguémosla a calmarse y a someterse.

5.º *LA VOLUNTAD*

Continuemos. La voluntad de Dios y las inspiraciones de la gracia deben conducirnos en todo lo que tengáis que hacer sin dejaros arrastrar por el humor y por los arranques naturales.

Desprendeos de vosotros mismos, es decir, de vuestra propia voluntad. San Francisco de Asís dice, que “este es el don más grande que se puede recibir de Dios.” San Bernardo asegura, que “si todos los hombres renunciaran su propia voluntad, no habría jamás nadie quien se condenase.

La voluntad propia vuelve defectuosas hasta las buenas obras: sepamos sacrificar nuestra voluntad delante de un bien.

Someteos a la obediencia como un niño. ¿Queréis hacer una cosa de tal manera? Otros querrán hacerla de otra. Ceded; vosotros tendréis el mérito, y sin responsabilidad.

Los maestros de la vida espiritual aseguran que no se puede ofrecer a Dios sacrificio más agradable que el de la voluntad.

Pues entonces, ¡qué tesoro el que tenéis que explotar! A toda hora del día se encuentra ocasión de renunciar su voluntad: se priva de una visita inútil que haría con placer, se cumple con una obra de caridad que causa fastidio, o se acuesta dos minutos más tarde, o se levanta dos minutos más temprano.

Cuando se presentan dos cosas que hacer, se da la preferencia a la que nos agrade menos.

¿Queréis vuestras conveniencias, vuestras comodidades? No las busquéis.

“La vida de la perfección, dice San Buenaventura, consiste en un perfecto renunciamiento a todas nuestras voluntades.” (*Speculoun Disciplinae*. C. XXV).

En las cosas temporales como en las espirituales, no debemos jamás hacer nada permanente por cumplir nuestra voluntad y satisfacer nuestra inclinación; elevémonos siempre por motivos más altos.

6.º LAS PASIONES DEL CORAZON

Es sobre todo, el corazón el que ha pecado; es sobre todo, el corazón el que debe experimentar una saludable amargura. Cada día puede ser él el teatro de numerosas mortificaciones. Esta es una pérdida que se experimenta, una injuria, la calumnia; esta es una palabra picante que se nos dice, una humillación que se nos hace sufrir, una indiferencia que se nos manifiesta, una ingratitud de que se nos da prueba, un servicio que se nos rehúsa o se nos reprocha; se nos trata sin miramiento, no se nos tiene en cuenta para nada, se desprecia nuestro mérito, se interpretan mal nuestras intenciones, se nos vitupera sin razón, se nos traiciona, se nos abandona y nadie nos consuela esperanzas han sido engañadas, etc., etc.

En medio de todo esto sepamos reprimir la emoción de nuestro corazón, y digamos a los pies de nuestro crucifijo: “Jesús mío, ¡que sufrimientos! Los ofrecemos en unión de vuestros sufrimientos! Ayudadnos. Además, aquel que

quiere mortificar su corazón lo desata de *todo lo que encadena*, nada lo detiene; si se le arrebatara alguna cosa, conserva una paz inalterable.

¿Queréis conservar la libertad del espíritu? Desembarazad vuestro corazón y no lo peguéis a nada que os captive.

Cuando estáis pegados a alguna cosa, naturalmente pensáis en ella: aquí y allí, y todas horas, su imagen se presenta sin cesar a vuestro espíritu.—Mortificad esta pasión.

Oh! El corazón! Ved aquí es vasto campo en que debemos combatir y vencer, porque nuestros enemigos son numerosos.

Si os infla el orgullo, velad sobre vuestros pensamientos y sobre vuestras palabras; reflexionad muchas veces sobre vuestras numerosas miserias, sobre vuestra nada, y si os sucede hacer alguna cosa por orgullo, castigaos al instante por un acto de humildad. Domad vuestra susceptibilidad, vuestra fatuidad.

Observad que vuestro corazón está pegado a los bienes de la tierra, que no soñáis sino con la fortuna: haced limosnas, absteneos durante algún tiempo de contar y valorar el precio de vuestros bienes.

Si vuestro corazón está inclinado a los placeres de los sentidos, debéis orar, velar escrupulosamente sobre vosotros mismos y evitar, sobre todo, el peligro.

Si la envidia, los celos,—vicios que arruinan tanto el cuerpo como el alma,—os acometen, debéis combatirlos, *hablando ventajosamente* de la persona que os causa celos, visitándola y ayudándola en sus empresas.

¿Sois apasionados por el juego, la caza, etc.?

Comenzad desde luego por cercenar a estos ejercicios con más raros intervalos; después dedicadles menos tiempo. Tal vez estáis sujetos a la intemperancia... cuidado! Este vicio, cuando uno menos piensa, lo lleva lejos.

Imponeos una pequeña mortificación en cada una de vuestras comidas y huid las ocasiones.

¿Tenéis arrebatos de cólera? Moderaos en todas circunstancias; aprended a soportar cualquier cosa. Cediendo a vuestra cólera, sufriréis incomparablemente más que reprimiéndola. Cuanto más cedáis a ella, tanto más os dominará, más crecerá; cuanto más la escuchéis, más imperio tomará sobre vosotros. Es un enemigo con el cual jamás debemos razonar.

He aquí el medio practico de mortificar las pasiones. El que no las pone en orden, bien pronto se verá invadido por ellas. Como veis, se pueden practicar las mortificaciones interiores de muchas maneras, sin hacerse notar y aun sin ir a buscarlas.

§. 2.º MORTIFICACION EXTERIOR

La mortificación exterior es la voluntaria sujeción que imponemos a nuestros sentidos y a nuestro cuerpo todo entero; por estas dos palabras vemos hasta donde puede extenderse: innumerables son sus grados, y esto es a nuestro modo de ver, lo que debemos hacer por Dios, y hasta qué punto queremos llevar nuestra generosidad. La Mortificación exterior es el fruto de los sentimientos

interiores. Es un castigo que se impone en virtud de un sincero arrepentimiento.

Ella se practica, sobre todo, dice San Ignacio, de tres maneras: en la *comida*, en el *sueño*, en el *tratamiento del cuerpo*.

1.º *Comidas*.—Los maestros de la vida espiritual nos dicen que la mortificación del gusto es el primer grado para subir a la montaña de la perfección. “El que quiera hacer algún progreso en la perfección, dice San Andrés Avelino, debe comenzar por mortificar su gusto”

San Leonardo de Porto Mauricio, el ilustre misionero franciscano, ofrecía las primicias de los primeros frutos que se presentaban a la mesa, y se abstenía de comer de ellos; en cuanto a los otros siempre dejaba alguna cosa de ellos, especialmente de aquellos por los cuales sentía más gusto.

San Luis Gonzaga hacía en todas sus comidas la parte del Ángel de la Guarda, privándose de alguna pequeña cosa que hubiese lisonjeado su sensualidad.

Vosotros podéis imitarlos.

¿Queréis otros géneros de mortificación, de grande uso entre personas de piedad?—Por espíritu de penitencia, no comáis jamás sino viandas comunes. Cuando se os pusieren muchas en la mesa escoged para vosotros la que sea menos buena. No comáis sin necesidad fuera de vuestras comidas ordinarias. En cada comida haced una pequeña mortificación.

No deseéis una comida delicada, apetitosa y de vuestro gusto.

No seáis de los primeros en llegar a la hora de la comida. En sentándoos a la mesa reprimid vuestra sensualidad.

El hombre razonable, el hombre cristiano jamás come con avidez o con exceso, y no se deleita en saborear los manjares.

Las almas mortificadas toman el alimento como se les da; no hacen elección ni tienen preferencia por tales o cuales platos; no procuran sazonarlos mejor con sal, pimienta, mostaza, vinagre, aun cuando estos condimentos parezcan necesarios.

N.S.P.S. Francisco de Asís no tomaba sino agua. Si vosotros no tenéis valor para imitarlo, seguid al menos su ejemplo, no tomando fuera de la comida vino puro sino mezclado con un poco de agua.

Absteneos de licores, de bebidas espirituosas y en general de todos estos refinamientos que la sensualidad inventa cada día. Es en esto, sobre todo, que hay necesidad de mortificarse. El vino y los demás licores son para la concupiscencia, lo que es el aceite para el fuego. Usaréis de ellos según la calidad y cantidad, con moderación.

San Ignacio dice en sus *ejercicios*: “Disminuid no solamente los alimentos superfluos, más también los convenientes; cuanto más se disminuyen más se hace (más se aprovecha) con tal que la naturaleza no sufra hasta llegar a debilitarse o enfermarse.”

Seguiréis en esto los consejos de vuestro director; ¡nada de exageración, nada de ilusión!

Se lee en la *Vida de los Santos*, que a ellos les gustaba volver su alimento, *insípido, desabrido o amargo*: el uno derramaba agua en un plato ya preparado pobremente; otro dejaba enfriar sus alimentos; tal otro añadía algunas hojas de ajenos; aquel otro cubría su pan con ceniza y carbón molido.

No calificuéis de ridículas estas ingeniosas mortificaciones. Si no podéis hacer lo mismo, podéis al menos aguardar para beber en medio de la comida o hasta el fin. ¿Esto es exigiros mucho?

¿Queréis una palabra más? No miréis jamás con avidez lo que se sirve a la mesa; no habléis de lo que está bueno o malo, y con mayor razón no os quejéis de los alimentos.

“Hay muy pocas personas, dice San Agustín, que no se tropiecen con la gula.”

El paso es resbaladizo; velemos, pues, muy bien sobre nosotros; mortifiquémonos a fin de satisfacer por nuestras intemperancias pasadas, a fin de volver nuestra alma más susceptible a las operaciones de la gracia. La Mortificación, en efecto, hace más libre al alma, más diáfana, más manejable.

Mortifiquémonos a fin de merecer las delicias del cielo y de imitar a Nuestro Señor Jesucristo, que por amor bebió hiel y vinagre.

2.º SUEÑO

Para el sueño, tomad lo que es necesario a vuestra salud; pero en este punto no os hagáis ilusiones. En general, las personas que duermen menos se encuentran mejor que las otras. Acostaos a una hora regular, pero por la mañana daos prisa a levantaros.—Seis horas de sueño pueden bastar: jamás toméis más de ocho.

Una alma mortificada retira de su lado, no solamente lo que hace sentir blandura y lo que procura delicias, sino lo que es solamente conveniente, evitando en todo eso comprometer gravemente su salud. Acordémonos que un lecho austero es el guardián de la castidad.

Es por esto que en muchas Órdenes Religiosas, se acuestan en telas groseras de lana.

Es también por esto que aún en el mundo se encuentran personas que se acuestan en cama de paja.

Conocimos a un señor que no quiso para su cama sino los mismos paños que usaban sus domésticos.

Hay personas en el mundo que por espíritu de Mortificación saben poner su colchón a un lado, para acostarse sobre la paja. Para usar de más austeridades ponen una tabla o algunas pequeñas varas en su cama, o también pedazos de madera bajo su cabeza. Oh! En el mundo hay aún grandes almas!

Otras quieren tener por lo menos, como el Niño Jesús, su almohada de paja.

Pero en todo esto proceded con discreción y después de haber consultado a un sabio director.

3.º CUERPO

Nuestro cuerpo ha pecado con nuestra alma, y es menester castigarlo. Él nos hace la guerra; ¿y por qué no reducirlo a la servidumbre? Si es porque es colérico, bien pronto llevará nuestra lama tras de sí, y entonces llegará a ser indomable. Castigadle, pues, por las faltas pasadas, y ponedle un freno para lo sucesivo.

Imponeos como penitencia corporal, el trabajo, el cuidado de la casa; esto será para vosotros de grande utilidad y de gran mérito. Aplicaos a cumplir con los deberes de vuestro estado por espíritu de penitencia.

Que se nos permita decir aquí dos palabras de ingeniosas invenciones del amor. Sé con anticipación que las personas mundanas, amigas de sus comodidades e ídolos de ellas mismas se reirán, diciéndome: *locura! locura!*

Yo les responderé: ¡AMOR! ¡AMOR!

He aquí el feliz secreto que ignoráis.

También *hay en el mundo más de lo que se piensa*: personas que llevan el cilicio, la cadena, que toman disciplina...El cilicio es de cerda, y está bajo la forma de cinturón o de escapulario. El dolor que causa es menor que el de la cadena, pero debilita ciertos temperamentos:

Se le puede llevar un día entero. La cadena lleva la forma de cinturón, de cruz, de liga, de brazalete o de corazón. Si tiene la forma de cinturón, es conveniente quitárselo después de comer, o por lo menos aflojarlo. La disciplina es de cuerda o de hierro, y admite diferente modos de construcción más o menos duros. Unos toman la disciplina durante la recitación de *Acordaos*, de San Bernardo; otros durante el *Miserere*.

Ahora, si se nos pregunta, qué es lo más conveniente emplear: si la cadena, el cilicio o la disciplina, he aquí nuestra respuesta: la disciplina no perjudica la salud y da al alma fuerza y alegría.

Pero la cadena y el cilicio piden más valor y discreción; son un sacrificio más durable; y mientras que los llevamos, semejantes a un ángel guardián, nos advierten sin cesar que debemos estar fieles a la gracia y a nuestra resolución tomada, etc.

Se pueden hacer estas penitencias dos o tres veces en la semana, o el viernes solamente. Pero en todo, lo repetimos, es necesario tener cuidado de consultar a un director prudente e ilustrado.

Piadosos lectores: si esto que acabáis de leer os parece demasiado duro, escuchad un lenguaje más a vuestro alcance: una palabra sobre cada uno de los sentidos.

“La vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto son como los caminos por los cuales el alma sale de sí misma y va a buscar sus placeres en las criaturas. Estos son como otras tantas ventanas por las cuales ella ve los objetos sensibles y los desea.” (*San Gregorio*).

¿Queréis conservar vuestra alma pura y ponerla bajo el abrigo de los males en los cuales puede caer?

Cerrad las ventanas y guardad vuestros sentidos,



Ojos.—Moderad la curiosidad de vuestros ojos, sed muy modestos, no queráis verlo todo. Escuchad lo que decía un Santo: “Lo que yo permitiera a mis ojos no perfeccionaría mi vista, pero ni será propio sino para distraerme.

Cuando hayáis dirigido una mirada demasiado libre, castigaos llevando los ojos bajos cinco minutos o un cuarto de hora.

Las reglas de la modestia nos enseñan que debemos tener los ojos a cinco o diez pasos delante de nosotros en la calle; en la iglesia no los levantéis a cada momento.

Es por los ojos que los dardos se hunden en el corazón; a ejemplo de Job, *hagamos un pacto con nuestros ojos.*

Cerremos los ojos a todos los objetos indecentes, a todas las desnudeces impropias, a todas las acciones inconvenientes.

No dirijáis vuestras miradas sobre las personas cuya vista puede ser peligrosa para vosotros.

Evitad igualmente la pompa y los espectáculos profanos.

No miréis indistintamente todo lo que se presenta. ¿Para que llenar vuestra imaginación de tantas imágenes propias para turbar y recargar vuestro espíritu?

Os diré con San Agustín: “Nuestros ojos aman y miran con placer la belleza y vivos los recrean. No conviene, sin embargo, fijar nuestra alma en estos objetos; unámonos a Dios sólo que los ha hecho.”



OIDOS.—Para mortificarlos, no hagáis por curiosidad repetir lo que se acaba de decir. No tengáis demasiada avidez por oír los cánticos armoniosos. Cerrad los oídos a los discursos vanos, a las vanas alabanzas, a las maledicciones, a las burlas, a las murmuraciones mundanas.

Sabréis soportar el ruido que atolondra y evitar lo que incita.



OLFATO.—Mortificad también vuestro olfato cuando encontréis ocasión; no seáis como las personas que no quieren respirar sino los perfumes, o como las que, cogiendo una flor, no buscan sino satisfacer la naturaleza sin levantar su corazón hasta el Creador. Tales personas me parecen sensuales y poco mortificadas, y que no pueden servirse de un pañuelo sin perfumarlo.

No buscaréis, pues, con demasiado cuidado los olores exquisitos, y sufriréis los malos cuando prudentemente no podáis evitarlos sin hacer que se comprenda la pena que experimentáis.



GUSTO.—Soportad sin quejaros todo lo que contrarié vuestro gusto; procurad más bien mortificarle.

“Es menester contenerle en sus apetitos con el freno de la razón; cercenadle las superficialidades, y no le concedáis sino lo puramente necesario.”(*San Basilio*)

¿Y la ley del ayuno cómo la cumplís? ¿No os obliga? ¿No tenéis nada que expiar?

Decís que os fatiga; ¿pero es una fatiga real? Si no la sintierais no sería una grande penitencia.

Los días del ayuno, si realmente estáis dispensados, imponeos al menos una pequeña privación.

†

TACTO, MANOS, ROSTRO, ETC.—El tacto está repartido en todo el cuerpo. Querría poder sellar aquí todos los vanos requerimientos del mundo sobre estos dos puntos. ¿Cuántas veces se bañan muchos al día sin necesidad, con solo el objeto de refrescarse? ¿Cuántas veces piden prestado al arte lo que la naturaleza no les ha dado, o lo que la edad les arrebató cada día?

Se lee en San Gregorio de Tours, que Santa Vitalina se apareció a San Martín y le dijo: “Yo he pasado dos días en el purgatorio, por haberme bañado algunas veces por vanidad.”

La limpieza es una media virtud: sed aseados, pero se puedo serlo con menos gasto.

San Basilio advierte que se ponga toda la vigilancia posible para reprimir el tacto para no hacer ningún tocamiento sobre sí, ni sobre otros que puedan excitar el mal. (*Lib. De Vera Virg.*)

ALGUNAS PALABRAS MAS SOBRE LAS PRÁCTICAS

†

CALOR.—Cuando haga calor no os enjuguéis a cada instante. Privaos del abanico que no os moriréis por esto. Pensad, pues, en los Religiosos y en las Religiosas que están vestidos con hábitos de lana tan pesados.

Ay! Vosotros no tenéis valor para soportar algunas gotas de sudor, cuando por vuestros propios pecados Nuestro Señor sudó gotas de sangre! No busquéis la sombra, ni os refresquéis con demasiada diligencia.

Para estar con *comodidad*, evitad esas posturas, esos vestidos tejidos para la sensualidad, esas desnudeces escandalosas. Ah! Rogad a Dios para que no tengáis que sufrir *un calor más grande*.

†

FRIO.—Es necesario saber ofrecer a Dios el frío que sufrís. ¡Cuántos pobres tienen los pies desnudos y no tienen sino ruines harapos para defenderse del frío!

¿Por qué tantas precauciones? Guantes abrigos, vestidos de pieles, etc., etc. Nuestros padres no tenían nada de esto y su salud no era muy mala.

†

CONVERSACIONES.—Absteneos de hablar mucho: guardad silencio, sobre todo cuando os humillan, cuando os acusan sin razón, y cuando experimentáis comezón de faltar a la caridad delante del prójimo, o de procurarnos algunas alabanzas.

¡Cuántas veces sentiríais placer de decir alguna cosa en conversación; dejad hablar a los otros y escuchad.

Pensad vuestras palabras antes de decir las.

Evitaréis las palabras mal sonantes, engañosas, injustas, y todas las que ofenden a Dios, hieren al prójimo y manchan vuestra lama.

Hablad de cosas útiles, necesarias.

†

TRABAJO.—Os ruego encarecidamente que trabajéis por Dios, con espíritu de penitencia; no os costará más, tendréis más fuerza.

Es ponerse en la línea del bruto, no trabajar sino con el único objeto de conseguir el salario.

En espíritu de penitencia, de mortificación, no perdáis vuestro tiempo, ocupaos útilmente: esto es enojoso.

En este mismo espíritu de penitencia, escogeréis para vosotros la obra más penosa, prestando así un servicio a vuestro prójimo.

Cuando oréis, poneos de rodillas todo el tiempo que podáis, por espíritu de penitencia, y no apoyéis las manos.

Se observa que las almas mortificadas se ponen de rodillas sobre la tierra más bien que sobre una silla, y que escogen en la iglesia los reclinatorios menos cómodos.

Cuando estéis sentados tened las piernas en su posición natural: no las extendáis ni las crucéis; esto es incómodo sin duda, pero recordaos de la posición de Nuestro Señor en la Cruz: Él tenía los pies clavados; seguramente no era por comodidad.

No os apoyéis sobre el respaldo de vuestra silla.

Cuando os asentéis no busquéis la manera más cómoda.

¡Qué de quejas se oyen en el mundo! En los salones, en los caminos de hierro...por todas partes...!nada marcha como se quiere! Ay! Si supiéramos soportar alguna cosa por Dios, ¡cuánto más feliz seríamos!... Yo me pregunto: ¿en qué lugar podrá Dios colocar a estas personas que se hayan enfadadas de todo?... La delicadeza y las exigencias están hoy de moda. Ya no se perciben las virtudes varoniles del cristianismo, y se admira uno de encontrar una persona que sepa sufrir sin quejarse. ¡Oh locura del mundo! Tú huyes del sufrimiento, y a despecho de ti, cada día bebes, y beberéis siempre hasta las heces, brebaje amargo, triste fermentación de los deseos insaciables. Mientras que, lo repito con un célebre escritor, el corazón del verdadero cristiano es una fiesta continua; él goza más cuantas más cosa rehúsa, y el incrédulo goza menos, cuantas más cosas se permite.

CONCLUSION

He aquí muchas circunstancias, diréis; “confieso que la Mortificación es el camino de la verdadera libertad, de la vida del alma; ¿pero cuánto tiempo será menester combatir? ¿cuánto más someterse y vencerse a sí mismo?

San Bernardo nos responde que no debemos detenernos en la práctica de la Mortificación, que es necesario tener siempre en la mano la podadera porque siempre hay alguna cosa que evitar y arrancar. Creedme, dice este Santo Doctor, lo que ha sido cortado vuelve a retoñar, lo que ha sido arrojado vuelve, lo que ha sido apagado vuelve a encenderse; no basta, pues, haber cortado una vez, es necesario volver muchas veces a la carga, porque siempre encontraréis que cortar y que arrancar; en una palabra, enemigos que vencer.

Pero ¿podré yo jamás seguir, me diréis aún, el ejemplo de los Santos, llegar a domar así mi naturaleza en toda circunstancia? Creedme, si podéis hacerlo, y más de lo que pensáis. ¿Jamás habéis ensayado mortificaros? Ensayadlo no obstante. Si podéis poco, dad poco: La Mortificación tiene sus encantos y sus atractivos; más tarde haréis más.

Ofreced a dios todos vuestros goces, y su gracia os hará gustar en un instante consuelos mejores. Nadie es más rico, ni más estimable, ni más feliz que aquel que se da a Dios todo entero, y compra con el precio de su amor al Salvador inmolado sobre la Cruz por la salud del mundo.

¡Oh vosotros que queréis avanzar en la perfección! Poned manos a la obra, y comenzad a marchar con valor por el camino de la mortificación y del renunciamiento; y si las fuerzas os llegar a faltar, tomad el timón, mirad la Estrella, levantad los ojos al cielo; el timón es la Cruz, la Estrella es el ejemplo de los Santos, el cielo es la recompensa. Allí todos vuestros sacrificios, todas vuestras lagrimas son contadas, y vosotros exclamaréis un día con San Pedro

de Alcántara: “¡Oh deliciosas mortificaciones, que me han merecido tanta gloria!”

¡Que Dios bendiga vuestros esfuerzos!

APENDICE

Leyendo el pequeño tratado de la *Mortificación*, almas piadosas, tal vez esta virtud os habrá parecido una montaña escarpada, inaccesible; tal vez por el recuerdo de vuestra debilidad y del peso del hombre viejo que lleváis con vosotros, habéis sentido desfallecer vuestro valor y habéis dicho de nuevo: “¡Esto es imposible!”

No, la Mortificación NO ES IMPOSIBLE.

Para ayudaros a subir esta montaña, os ofrezco aquí una escala, de la cual nuestro Doctor Seráfico nos ha trazado los peldaños; los subiréis uno a uno con valor y perseverancia, y bien pronto notaréis que a medida que se sube, se respira con más comodidad y se sienten más fuerzas..

GRADOS DE LA ABSTINENCIA

Según el Seráfico Doctor San Buenaventura

I.—Es un alto grado de abstinencia evitar los goces superfluos del cuerpo en el alimento, el vestido y otras comodidades. Es más elevado evitar los goces del espíritu que se presentan de repente, y se van del mismo modo, como sucede en la lujuria, las reuniones profanas, y cuando se oyen con alegría palabras de mentira, de maledicencia y otras cosas semejantes. Y es muy meritorio huir de los goces del espíritu, que se ofrecen muchas veces y perseveran largo tiempo, tales son los que se encuentran en los adornos superfluos, en las amistades mundanas y en los placeres temporales.

†

II.—Es también un alto grado de abstinencia evitar voluntariamente todos los entretenimientos ilícitos que no puede obtener el hombre o si los obtiene es

con dificultad. Es más alto alejar con buena voluntad los entretenimientos que tenemos o que podemos alejar.

†

IV.—Tal vez hoy seréis juzgado, y de vuestra parte nada está preparado.

V.—Os divertís y reis; y el abismo del infierno está abierto bajo vuestros pies.

VI.—Si no destruís el pecado él os destruirá a vosotros.

VII.—Mientras más uno se hace violencia más pronto se obtiene la paz.

VIII.—No os perdonéis nada y el Señor os perdonará todo.

IX.—Perdonándose a sí mismo, se pierde, y alabándose se da la muerte.

X.—Aquel que nada ha hecho por salvarse, debe estar seguro que se pierde.